ANDRÉS VALENZUELA



FRAGATA COCHRANE

UNA NOVELA SOBRE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Índice

CUBIERTA
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
EPÍLOGO
CRÉDITOS

A hundred years of blood
Crimson
The ribbon tightens round my throat
I open my mouth
And my head bursts open
A sound like a tiger thrashing in the water
Thrashing in the water
Over and over
We die one after the other
Over and over
We die one after the other
One after the other

«One hundred years»

THE CURE

I

La guerra afecta la vida de maneras particulares.

Nunca para bien.

Es lo que piensa el capitán Enrique Simpson en la torre de mando de su buque, la fragata blindada *Cochrane*. De cuarenta y pocos años, no muy alto y de semblante sereno, lleva la barba frondosa, el cabello peinado hacia atrás y viste su uniforme naval de diario. Considera que no necesita vestirse de parada.

Son las nueve de la mañana de un día de marzo de 1879, el sol brilla en el cielo despejado y la temperatura va en aumento. En cubierta todo es un frenético caos, en una carrera contra el tiempo para poner el barco a punto.

Se oyen gritos, chiflidos, órdenes y un sinfín de conversaciones en distintos acentos del español, retazos de inglés, francés, griego, italiano y otras lenguas, mientras se amontonan y ordenan pertrechos, víveres, armamento y munición.

Especial cuidado se tiene con los saquetes de pólvora negra que se utilizan para la detonación en el disparo de las baterías de cañones, inflamables y volátiles, los que son puestos de inmediato en la santabárbara del buque junto a las granadas.

A su izquierda, el capitán puede ver el puerto de Valparaíso que se recorta con sus cerros cuajados de casas, chozas y construcciones de diversa entidad. Abajo, en la bahía, está el resto de la escuadra

chilena en un trance similar al que se lleva a cabo a bordo del *Cochrane*.

Se respira tensión en el ambiente. La guerra se veía venir. Hace años, incluso.

Pero nunca es lo mismo cuando llega.

En la Escuela Naval decían que todo eso que está pasando es el destino de un marino, pero para él ser marino es mucho más que matar y morir por la bandera. Es servir a la patria, claro, pero de mejores maneras. Como esos viajes que hizo por el mar que tanto ama, por ese norte árido y vasto donde ahora debe partir a la guerra, o por los recónditos archipiélagos del sur, de donde levantó mapas para hacer de la navegación algo más seguro.

Es servir a la patria, claro, pero de mejores maneras. Nota que hay alguien a su lado. Se vuelve y sonríe.

—Teniente Souper —dice.

—Capitán Simpson —responde el interpelado, que se cuadra y le hace el saludo militar

El teniente Manuel Souper tiene unos veinticinco años, es alto, delgado, de piel clara, cabellos cobrizos y ojos azules. Viste su uniforme naval con elegancia.

El capitán Simpson amplía la sonrisa.

—Como que usted nació para esto, ¿no? —le dice—. Todo un linaje naval para terminar aquí, embarcado en una nave de combate, listo para entrar en acción.

El teniente Souper en principio no dice nada.

—Podría decir lo mismo de usted, capitán —espeta por fin.

Porque hay algo de cierto en lo que le acaban de decir, pero no es que le haga mucha gracia.

Su padre y su abuelo fueron marinos, es verdad, pero eso no significa que él tenga las mismas inclinaciones.

O no del mismo modo, al menos.

Porque si bien es verdad que el inicio de la guerra con Perú y Bolivia aceleró la carrera militar y naval de muchos, eso no quiere decir que sea algo bueno. Siempre ha sido un convencido de las ventajas que tienen las naciones de América del Sur por compartir muchas cosas, partiendo por el idioma común. Permite entenderse, algo tan básico.

Es el escenario ideal para crear alianzas y así pararse ante los viejos invasores de Europa de igual a igual, comerciar con ellos, engrandecer las economías locales y abogar por una vida más próspera para todos. Por desgracia, el historial republicano del continente no ha ido en esa dirección.

Y para peor, los viejos invasores siguen metiendo las garras, ahora jugando al ajedrez de manera solapada con los nacientes Estados y además con nuevos villanos invitados al festín.

En el caso puntual de la guerra que parten a pelear, están los británicos, que vendrían a ser los aliados, pero que tienen infiltrado hasta el servicio secreto por ser dueños de buena parte de las salitreras. Fue por eso que empezó toda esta locura. Y en la vereda de enfrente están los Estados Unidos, queriendo erigirse como los nuevos garantes del continente, cuando lo que buscan es conseguir una posición hegemónica frente a sus antiguos colonos, con los barcos de la marina de guerra del Perú mediante.

Pero ya está, la guerra es una realidad.

Hay que partir al norte a ganarla lo más rápido posible.

Si bien sus cuestionamientos son un hecho, y vaya que le han

traído problemas con la oficialidad cuando se le escapan, su lealtad a la causa no admite duda alguna.

—Que si le pasa algo, teniente —escucha que le dice el capitán una vez más—. Se quedó como pegado.

—No es nada —replica Souper—. Solo pensaba en lo que se nos viene. Aparejos listos, máquinas dispuestas, tripulación en sus puestos. Todo listo para zarpar, capitán.

El capitán Enrique Simpson da una última mirada al puerto de Valparaíso.

—Solo espero verte de nuevo —susurra.

Se acomoda la gorra y se vuelve al teniente Souper.

—Movamos el barquito, entonces —dice—. Dé orden de zarpar. Ordene a los timoneles poner curso al punto de reunión. Nos toca llevarnos a la *Chacabuco* cerrando columna. El *Blanco Encalada* se lleva a la *O'Higgins* en la punta y toda la demás gente va al medio.

El teniente Souper se cuadra y se vuelve hacia alguien que, a su vez, esperaba fuera de la torre de mando junto a unas escaleras.

—Contramaestre —dice el teniente Souper mientras el interpelado se cuadra, le hace el saludo militar y baja por las escaleras hacia la cubierta del barco donde la actividad sigue bullendo. A su paso todo el mundo se detiene y se pone firme.

Aquello es una de las pocas cosas que le sigue gratificando de llevar el uniforme naval al contramaestre de la fragata blindada *Cochrane* Marcos Salgado. Alto, fornido, de cabellos entrecanos y con un grueso bigote poblando su rostro ancho y curtido, a sus cuarenta y cuatro años tiene el aspecto de haber visto demasiado para su edad.

Sabe que, de los doscientos hombres de la tripulación, los que

integran la marinería lo respetan por su calidad humana más que por los rangos, e incluso los jóvenes tenientes y guardiamarinas lo tratan con admiración.

A pesar de que no tiene hijos, ve a todos esos hombres con un afecto paternal. Sin embargo, hace ya un tiempo, con los vientos de guerra que soplaban en el norte, supo que podía darse la trágica circunstancia que le mueve a estar ahí.

No es que ya no le guste ser marino o hacerse a la mar, sino la razón por la que hay que hacerlo esta vez.

Con más de veinte años en la Armada chilena, estuvo en Valparaíso para el bombardeo en el que la escuadra española lo redujo a escombros. Se enfrentó a esos buques hostiles junto a hombres valiosos con los que se hermanó en combate. Los mismos que ahora son el enemigo. Crueles ironías de la vida: Chile y Perú fueron aliados en esa guerra contra España hace menos de quince años.

Continúa caminando en dirección a la popa hasta que se detiene frente a un grupo de unos treinta hombres que visten un uniforme distinto al de los marineros, con guerreras y quepís azules, más parecidos a los del Ejército.

Están de pie, con fusiles Comblain colgados al hombro y esperando órdenes.

El contramaestre se para delante del grupo:

—¿Son el contingente del regimiento de artillería de marina que nos asignaron? —pregunta—. ¿Dónde está su sargento u oficial a cargo?

—Se fueron —dice un soldado—. Dijeron que mejor mandaran a la guerra a su abuela.

Los demás se ríen por lo bajo.

El contramaestre frunce el ceño y escruta al grupo.

—Así que tenemos un payasito aquí —dice, aunque sin real molestia—. ¿Además de payasito, se va a esconder entre sus colegas o...?

Un soldado emerge del grupo, se pone firme y hace el saludo militar.

—Soldado Hugo Salvo, mi contramaestre —dice con una dicción poco prolija—. De artillería de marina de Chile, mi contramaestre.

El contramaestre examina al soldado frente a él. Tiene veintidós años, es esmirriado y ocupa un uniforme al menos una talla más grande. Lleva el cabello cortado al rape bajo el quepí y la suya es una cabeza de forma poco regular. Tiene brazos y piernas larguiruchos, rostro chupado con ojos de mirada vivaz, nariz ganchuda y risa a flor de labios.

—A ver, payasito —escruta el contramaestre—. ¿De dónde viene y cuál es su gracia?

El soldado Hugo Salvo se vuelve con teatralidad y mira hacia el puerto.

—Vengo de la ciudad más linda del planeta —responde sonriendo —. Podrá parecer una letrina, pero es mi puertito querido.

El contramaestre Salgado vuelve a recordar el bombardeo español que destruyó Valparaíso y un pinchazo de amargura lo invade, pero no le hace caso.

—Y mi gracia —continúa el soldado—, es que me voy a pelear esta guerra para después tener algo que contar, mi contramaestre. Bueno, además soy músico.

El contramaestre se le queda mirando.

—Esto no es ningún juego —señala—. Las cosas se van a poner bien feas y...

—Y lo tengo más que claro —lo corta el soldado—. Toda mi vida quise ser marino y por lo mismo me enrolé con diecinueve años. Anduve por allá por el sur embarcado en la cañonera *Magallanes* y ahora la guerra me trajo aquí, a seguir acumulando recuerdos.

El contramaestre tuerce la boca en una mueca.

—Allá en el sur, en la *Magallanes*, nadie te estaba disparando —espeta—. Pero ya veremos. Mejor cuenta eso de que eres músico.

El soldado se vuelve a la pila de equipaje de la tropa que está a un costado y busca algo.

Coge un vetusto violín con un arco gastado, hace una reverencia y acto seguido se pone a tocar un marchoso tondero norteño típico del Perú.

El contramaestre lo observa, atónito.

—¡Chilenos conchudos! —canturrea el soldado Salvo con excelente acento peruano—. Al fondo del mar los vamos a mandar.

El resto de la tropa aplaude y vitorea encantada, lo que llama la atención de parte del resto de la tripulación que alcanza a escuchar. El soldado termina la interpretación y vuelve a hacer una reverencia ante el aplauso de sus compañeros. Luego se queda mirando al contramaestre.

—¿Quería conocer mi gracia?

El contramaestre lo queda mirando fijo y el soldado adopta una expresión seria.

—Yo no odio a los peruanos —reconoce—. Incluso conocí a un par aquí en Valparaíso y eran rebuena gente. Solo son el enemigo de turno. Nada que hacerle.

El contramaestre no sabe bien cómo tomarse los dichos del soldado y solo espera que los demás no sean todos iguales.

El soldado asiente.

—Todo esto es una locura —espeta—. Pero sepa que puede contar con nosotros.

Sus dichos son secundados por los demás hombres, que chiflan y gritan vivas. Al contramaestre Salgado la declaración le resulta suficiente como para dejar hasta ahí el encuentro con la dotación de artillería de marina asignada al *Cochrane*.

Da un par de instrucciones a la tropa para que se acomode en el barco y luego camina por la cubierta en dirección a popa. Entonces se lo topa e intenta hacer como que no lo ve. Por un momento lo pierde de vista, aunque sin saber bien cómo, de pronto lo tiene delante.

De unos treinta y cinco años, no muy alto y bastante gordo, tiene la cara redonda, los cabellos lacios y pajizos y una expresión no muy despierta. Lleva el uniforme naval bastante desordenado y más parece que estuviera despertando de una siesta que a punto de pelear una guerra.

—¿Qué pasa ahora, marinero? —dice a la pasada el contramaestre Salgado—. Necesito dar un par de órdenes para movernos.

El marinero se le cuadra.

—Marinero Anastasio Subiabre, mi contramaestre —dice, imitando al soldado Salvo—. Simpáticos los milicos de artillería de marina. Al menos vienen con ánimo. Vamos a ver cómo andan en tres semanas más aquí arriba del barco.

—No se pase, marinero —le dice, severo—. Sé que hacen bien su pega y ahora los vamos a necesitar más que nunca, pero...

—¿Hacer bien nuestra pega? —dice el marinero—. Sin nosotros, los artilleros, que ponemos la bala donde corresponde, esto no sería más que un velerito de paseo. Y no creo que esos otros hueones, por creerse la gran cosa, vayan a...

—Marinero Subiabre —corta el contramaestre—, cualquier problema entre los artilleros y los timoneles me tiene sin cuidado, y al enemigo también. Ya le dije que tengo que dar órdenes.

—Pero si no me ha dejado hablar, señor —lo interrumpe el marinero—. Con los chiquillos necesitamos saber si vamos a tener o no la munición Palliser. Porque si pretendemos enfrentarnos a blindados como el *Huáscar* o la *Independencia* sin eso, va a estar difícil.

El contramaestre reconoce el punto. La granada Palliser con capacidad perforante es lo único que sirve para darles a los buques blindados enemigos. El manejo de la guerra ha sido malo desde el comienzo, pero ahora, ya embarcados, la cosa es distinta. Y si bien la extravagancia de gente como el artillero Anastasio Subiabre no es algo que le agrade, también le reconoce el otro punto: si no ponen la granada donde corresponde, como dice, va a ser difícil.

—No hay problema, jefe —concluye Subiabre—. Era para que lo tuviera presente. Usted siga bailando sus tonderos. Como suele ser, haremos lo que se pueda.

El marinero suelta una risotada y se va bailando un tondero imaginario.

El contramaestre Salgado bufa con resignación. Continúa su camino hacia la popa y desciende a una cubierta inferior por una escalera de madera. El ambiente se percibe más cálido, aunque no menos ajeno al caos de todo el buque. Alguien sale a su encuentro.

Es alto, flaco como un huso, de cabellos canos, unos cuarenta y cinco años, semblante algo siniestro y viste un sucio sobretodo de mezclilla. Es Jones, el ingeniero a cargo de la sala de máquinas.

—*Good* ver *people* de arriba —dice con marcado acento británico.

En el lugar hay mucha gente trabajando: mueven sacos de carbón y ponen a punto las dos máquinas de vapor *compound* con sus seis calderas. Todo se ve turbio y oscuro producto del hollín y el vapor.

—Nos vamos —dice el contramaestre Salgado—. Máquinas a toda potencia hasta salir a alta mar y alcanzar velocidad crucero.

—*Sure* —dice el ingeniero Jones—. *About time*. A propósito, ¿querer conocer nuevas adquisiciones? Los tengo para fogonero y carbonero.

El contramaestre levanta una ceja.

—Pensaba que la tripulación ya estaba completa —dice.

Jones sonríe de manera bonachona.

—*You know how it is*: siempre llegan *someone* a última hora —le explica y luego apunta hacia dos muchachos que están de pie junto a una caldera.

Visten uniforme de grumete y tienen las bolsas con su exiguo equipaje a los pies. El contramaestre Salgado solo asiente.

—Bien, pues —contesta—. Veamos qué nos trajo la marea.

El primero en presentarse es un muchacho de unos doce años, muy delgado, con el pelo negrísimo cortado a machetazos y piel morena.

—¡Soldado Ceferino Palma! —dice con voz infantil.

El contramaestre Salgado lo mira un momento.

—Marinero, querrá decir —le corrige.

El muchacho lo observa con algo de susto.

—Eso —musita—. Por favor no me bote del barco, iñor. Le prometo que nunca más.

El contramaestre y el ingeniero intercambian una mirada.

—Tranquilo —dice Salgado—. Estamos faltos de gente, así que nadie te va a echar. ¿Por qué estás aquí?

—Pa matar cholos, iñor —responde Ceferino Palma endureciendo el gesto.

El contramaestre y el ingeniero vuelven a mirarse.

—Estamos aquí para ganar una guerra —explica primero—. No solo para matar gente. No es lo mismo. ¿Cómo llegaste aquí?

—Enganché en la cárcel pública de Santiago, iñor —dice el niño.

—¿Hasta cuándo nos van a mandar estos niños de nadie? —se queja—. No saben qué hacer con ellos, los meten presos cuando los pillan vagando y ahora los mandan a la guerra.

—Hasta que no haber niños de nadie *no more* —musita Jones—. O sea, *maybe* nunca.

—Solo quiero servir a mi patria —añade Ceferino Palma con gesto confundido.

—¿Qué sabes tú de eso? —le reprocha el contramaestre Salgado —.Tu patria te metió a la cárcel y ahora te mandó a esto.

—También vengo por las tres comidas —reconoce el niño a continuación.

El contramaestre solo asiente e inspira.

Se dirige al otro muchacho, de unos catorce años, cabello colorín, piel blanca y pecosa, grueso. Es bastante alto para su edad.

—Tú pintas más para el cuerpo de oficiales —le dice—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Marinero Sebastián Rovira, contramaestre —se presenta el

muchacho haciendo el saludo militar—. Y sí, el año pasado entré a la Escuela Naval, pero aquí es donde tengo que estar.

—*The last time* alguien de Escuela Naval estuvo aquí cuando inauguraron barco —contesta Jones con una risita.

El muchacho niega con la cabeza.

—Es cierto —reconoce—. Mi papá es oficial en la *Abtao* y mi mamá es una señora de una familia rica de Valparaíso, pero yo no quiero saltarme pasos. Además, si tengo que hacer esto, prefiero hacerlo desde aquí.

—¿Cómo así? —pregunta el contramaestre algo extrañado.

Sebastián Rovira ladea la cabeza y tuerce la boca en una mueca, como si estuviera escogiendo con mucho cuidado sus palabras.

—Siempre hay otras formas —musita— de resolver diferencias, pero por lo general se recurre a esto porque es lo más fácil.

—¿Esto? —pregunta el contramaestre—. ¿Qué se supone que es «esto»?

—La guerra —responde el muchacho—. Así ha sido siempre y parece que seguirá siéndolo.

Salgado no esperaba una respuesta así y menos de alguien como él.

—Además —concluye el muchacho—, gana el que juega más sucio o el que tiene más poder. No necesariamente quien tenga la razón.

El contramaestre y el ingeniero Jones vuelven a mirarse.

—Gente muy normal —opina Jones—. *We're fine*. Así vamos a ganar guerra en dos semanas.

—Encárguese de que encuentren coyes amarrados y dispuestos —dice el contramaestre a Jones—. Que al menos tengan donde echarse por las noches hasta que les crezca algo de barba.

Se vuelve una vez más a los muchachos.

—Bienvenidos al *Cochrane*.

Catorce horas después, el capitán Simpson, el teniente Souper y el contramaestre Salgado escrutan el horizonte con binoculares y catalejos en la torre de mando del blindado, mientras navegan en alta mar hacia el norte.

—Las máquinas funcionan a plena potencia —informa el contramaestre mirando un reloj de bolsillo—. Deberíamos llegar a Iquique de acuerdo con lo planificado.

—No sé qué obsesión tiene el comandante Williams Rebolledo con bloquear Iquique tan pronto —opina el teniente Souper—. El puerto ese no va a ir a ninguna parte.

—Supongo que se trata de dar señales —responde el capitán Simpson—. Esta pelotera recién comienza. Vaya uno a saber con qué irán a salir más adelante.

Nota que el teniente y el contramaestre lo quedan mirando.

El capitán solo sonríe.

—Esta pelotera recién comienza —susurra.

II

La mañana amaneció fresca en Iquique, pero el sol ya se recorta en el firmamento y entibia el ambiente. Sus rayos dorados caen sobre el mar y el seco descampado del desierto. En la rada reposa la escuadra chilena completa que llegó a bloquear el puerto peruano. La constelación de buques de guerra, entre blindados, corbetas y transportes, se desparrama en el océano, dándole un carácter singular con tantos objetos flotando sobre el agua. Son las diez de la mañana y en el *Cochrane* la actividad es efervescente.

Grumetes y marineros se encargan de barrer y lavar la cubierta luego de la larga jornada de navegación que los llevó hasta aquel punto en el norte, mientras que despenseros y cirujanos hacen un catastro de los insumos a disposición, calculando cuánto irán a durar considerando lo incierto de la campaña que inician.

Resuena un toque de campana y algunos oficiales consultan sus relojes de bolsillo, mientras otros marineros revisan los distintos cabos que cuelgan de los tres palos. En la proa flamea al viento el jack de la escuadra chilena, con la estrella blanca sobre su fondo azul. Hacia ese sector, el marinero Anastasio Subiabre discute enojado con el condestable de la tripulación, probablemente sobre la solicitud del artillero de la mentada munición Palliser para sus cañones. Junto a la borda de la amura de estribor el teniente Souper y el contramaestre Salgado se toman un descanso.

—Y aquí estamos —dice Souper—. No nos demoramos tanto.

—Le dije que íbamos a llegar en tiempo —replica el contramaestre —. Las máquinas responden bien y el casco todavía está más o menos limpio.

—El casco no es lo único que se va a ensuciar —responde el teniente—. ¿Cuánto cree que pase hasta que nos topemos con la marina de guerra del Perú?

Salgado arruga el rostro y escruta el horizonte.

—Difícil saberlo —reconoce—. El plan del comandante Williams Rebolledo es bloquear Iquique para forzarlos a salir del Callao. El tema es si irán a pisar el palito. No son tontos.

El teniente Souper mira un momento al contramaestre.

—Usted peleó con ellos —señala a continuación— en la guerra contra España. Los conoce bien.

El contramaestre Salgado suspira y hace un gesto con la cabeza.

—Por desgracia —musita—. Usted no se imagina lo que significa tener que pelear contra quienes fueron tus compañeros.

—La verdad es que no —confiesa el teniente—. Partiendo porque no tengo experiencia de combate. Sin embargo, su conocimiento de esta gente podría servirnos para...

Se detiene al percatarse de que el contramaestre Salgado lo está mirando.

—Yo no sería capaz —dice—. Mis lealtades están claras, pero hasta la guerra tiene sus reglas.

—Ya lo veremos —desliza el teniente Souper—. De corazón espero que así sea.

Entonces un marinero realiza un sonoro toque de pito.

—¡Capitán en cubierta! —exclama a continuación.

Sujeto a una cuerda por la borda de babor, emerge el capitán Enrique Simpson, izado de un bote desde el océano. Saluda al marinero y luego pisa la cubierta del blindado *Cochrane*. En cuanto los ve, se dirige al teniente Souper y al contramaestre Salgado. Los tres marinos se llevan la mano derecha a la visera de sus gorras.

—Señores —dice el capitán—, qué bueno que los encuentro. Necesito hablar con ustedes.

—Usted dirá, capitán —responde el teniente Souper.

El capitán Simpson endurece el gesto.

—Vengo de una reunión en el *Blanco Encalada* —comienza—. Con el comandante Emilio Sotomayor a cargo del Ejército, el almirante Williams Rebolledo como jefe de la escuadra y gente de La Moneda comisionada al teatro de operaciones.

—Suena a problemas —advierte el contramaestre Salgado.

El capitán Simpson inspira.

—Por desgracia no se equivoca. Resulta que han estado saliendo algunos barcos peruanos del Callao.

El teniente Souper enarca las cejas con expresión de sorpresa.

—¿Y qué chuchas estamos haciendo aquí, entonces? —pregunta.

—El almirante Williams Rebolledo se excusó diciendo que la escuadra no tiene carbón —explica el capitán Simpson—. Al menos eso fue lo que dijo.

—Pero eso no es cierto —interviene el contramaestre Salgado—. Al menos nosotros por ahora estamos bien.

—Igual podríamos quedarnos cortos —señala el capitán—. Todo depende de lo que nos manden a hacer aquí.

—¿Pero el plan del almirante no era sacar a la escuadra peruana a

pelear en el mar? —plantea el teniente Souper algo confundido—. Si ahora ya salió, ¿por qué no ordenó atacar?

—No sé de quién es qué plan —reconoce Simpson—. Porque los comisionados del presidente Pinto le recriminaron no haber hecho nada, pese a que el gobierno al principio fue mucho más cauto que él.

Salgado tuerce la boca en una mueca.

—Esto no quiere decir nada —responde—. Aunque hayan salido un par de barcos a dar vueltas por ahí, la escuadra peruana va a seguir fondeada.

Souper y Simpson lo miran. El contramaestre niega con la cabeza.

—Si hay algo que tiene la marina de guerra del Perú, es mesura —explica—. A diferencia nuestra, ellos sí reconocen cuando tienen un enemigo superior al frente.

Simpson y Souper intercambian una mirada.

—No son tontos —agrega el contramaestre.

El teniente solo asiente.

—Como sea —continúa el capitán Simpson—, se acordó que las cosas tampoco podían seguir como están, así que en dos días salimos hacia Antofagasta.

—Al menos vamos a mover un poco el esqueleto —opina el teniente.

—Es cierto lo que dice el capitán sobre el carbón —reconoce Salgado—. Si no se decide bien qué tenemos que hacer, en algún momento podría faltarnos.

—La idea es resguardar el puerto boliviano ocupado —explica el capitán Simpson—. Por ahora es el centro de operaciones del Ejército chileno y van a seguir llegando más tropas del sur.

—Mientras más, mejor, ¿no? —plantea el teniente.

—No necesariamente —responde el contramaestre—. Los hombres se aburren, se caen al alcohol y cuando pasa eso empiezan a mandarse cagadas. La idea es ganar la guerra, no arrasar con todo.

El capitán Simpson se hace visera para el sol con la mano y mira hacia tierra al puerto.

—Es como si nos estuvieran mirando —masculla.

—De hecho, es así —dice el contramaestre—. Hace un rato la lancha de vapor de la *Chacabuco* se acercó demasiado a tierra y le dispararon.

El capitán Simpson crispa el rostro.

—¿Alguna baja? —pregunta con preocupación—. Ese fue mi barco durante años. Con él hicimos las exploraciones a Taltal y las Guaitecas. Conozco al personal.

—No, capitán —informa el contramaestre Salgado—. Pero el tema es que este puerto nos odia y lo hace ver.

—¿Y qué esperaba? —retruca entonces el teniente Souper—. Estamos haciéndoles un puto bloqueo con toda la escuadra.

—Solo digo —replica el contramaestre, torciéndose el bigote—. En la guerra las cosas suelen ser así.

—Todo esto se va a resolver pronto —sentencia entonces el capitán Simpson—. Nos guste o no.

El teniente y el contramaestre lo miran. El capitán, por su parte, se limita a encogerse de hombros y mirar de nuevo hacia el puerto.

—Ni el Ejército chileno puede subir —sigue— ni el peruano bajar por el desierto o se quedan hechos caliche en la pampa por el calor, así que nos va a tocar actuar luego para destrabar eso y que esto empiece a avanzar.

Se dirige al teniente Souper y al contramaestre Salgado.

—A ellos y a nosotros —agrega—. A todos los que somos hombres de mar. Si no nos matamos antes entre nosotros, los que están en la pampa no pueden empezar a hacerlo.

El teniente y el contramaestre se miran. Simpson suspira lacónico.

—Y no puede tardar demasiado —musita—. Nos guste o no.

III

—¡Más carbón, *fuck*! —vocifera el ingeniero Jones haciéndose bocina con las manos—. Hay que llegar *soon* a Antofagasta ahora que *the enemy* anda suelto.

El blindado *Cochrane* navega a toda velocidad por una mar en calma, pero apremiado por las circunstancias. La idea era llegar al puerto boliviano ocupado lo más pronto posible, sobre todo con la noticia de nuevos avistamientos de naves peruanas, ahora cada vez más al sur, aprovechando la plaza de repostaje que les ofrece el puerto de Arica. Sin embargo, diversos problemas de coordinación entre los horarios de salida de otras embarcaciones retrasaron el zarpe; y para cuando se hicieron a la mar, la potencia de empuje no era la necesaria para la premura en llegar a destino.

En la sala de máquinas todo es actividad frenética con carboneros y fogoneros trabajando de manera coordinada para alimentar las calderas con carbón. Jones se seca el sudor con el dorso de la mano a la vez que revisa los manómetros de las máquinas y hace cálculos con un lápiz grafito en una pequeña libreta. Se rasca la cabeza con la culata del lápiz.

—Faltar más carbón *in* calderas del lado de estribor —dice, torciendo la boca—. *Need to* nivelar dos hélices *for speed* regular.

Da un rápido vistazo al personal.

Repara en Ceferino Palma y Sebastián Rovira que asisten a un

viejo fogonero, picándole con palas las piedras de carbón de un saco para que enciendan más rápido al interior de la caldera.

—*You both*! —les grita—. Venir aquí.

En principio ninguno de los dos acusa recibo por el ruido de las máquinas y solo advierten su presencia cuando los toma de las solapas del uniforme. De un tirón los lleva a una caldera del sector de estribor.

—Métanle carbón *to this fucking thing* —les dice—. Necesitamos nivelar para velocidad crucero pareja.

Ceferino Palma y Sebastián Rovira se miran un instante.

—Yo pico —dice a continuación Sebastián Rovira atacando de inmediato un saco de carbón con la pala que tiene en las manos.

—Yo cargo —responde Ceferino Palma mientras empieza a echar carbón a la caldera con su pala.

Durante los siguientes minutos ambos se afanan en sus tareas, consiguiendo un trabajo coordinado que permite nivelar las presiones, hacer que las dos hélices del blindado giren a un ritmo parejo y se consiga la velocidad necesaria. Ceferino Palma revisa el manómetro de la caldera y a continuación se sienta en el piso de madera entre piedras de carbón.

—Con eso estamos —dice—. La presión ta bien.

Sebastián Rovira se sienta a su lado y bufa con alivio. Ve que su compañero sonríe.

—En una de esas nos ascienden si seguimos así —sueña—. Yo quiero aprovechar todo lo que se pueda.

Sebastián Rovira lo queda mirando.

—¿Aprovechar? —pregunta—. Estamos en guerra. Nada bueno sale de esto. Lo único que estamos haciendo aquí es cumplir con...

—Habla por voh nomás, cabrito —le corta Ceferino Palma, que se pone a mordisquear un mendrugo tiznado de carbón—. Voh hai comido todos los días de tu vida.

Si bien reconoce que eso es cierto, a Sebastián Rovira le parece injusto el juicio.

—Yo no tengo la culpa de lo que te ha pasado —musita—. Lo lamento y mal que te haya tocado feo, pero...

Se detiene al ver que Ceferino Palma lo observa con expresión desencajada.

—Puede ser —masculla— que no tengai la culpa, pero tampoco te podís venir a meter en cómo veo la guerra. Pa muchos esta mierda es una oportunidad. No soy el único.

Sebastián Rovira enarca las cejas con incredulidad.

—¿Oportunidad? —pregunta—. ¿Oportunidad de qué? Con suerte y salimos vivos de todo esto. Aquí va a quedar la cagada y...

—Y voh tenís una vida —le corta Ceferino ahora agitando el carbón al interior de la caldera con la pala—. Así es refácil.

Sebastián Rovira esta vez no dice nada porque también reconoce que no sabe bien qué es lo que le habrá tocado vivir a su ahora compañero.

Por un par de minutos ninguno habla. Solo se limitan a vigilar los manómetros de la caldera, tal como el ingeniero Jones les enseñó hace un par de días. La idea es mantener el equilibrio, pero no solo entre ambas hélices, sino que en cada caldera en particular. Que la temperatura no baje, pero que tampoco suba demasiado. Si pasa eso, podría quedarse sin agua y hacer que se funda o reviente.

Rovira nota que Palma lo mira con una sonrisa.

—Soi culposo, voh —le dice—. Así no durai ni cinco minutos en la

cana.

—¿La cana? —pregunta Sebastián Rovira.

—La cárcel, poh —explica Ceferino Palma—. Erís muy buena persona. Ese es tu problema.

—No sabía que ser buena persona podía considerarse un problema —responde Sebastián.

—En algunas partes lo es. En huevadas como estas, por ejemplo. Por eso la gente como tú lo ve como algo malo y los hueones como yo, como una oportunidad.

—No te juzgo por eso —responde su compañero—. Es solo que hay otras formas de resolver los problemas. Irse a las manos es lo más fácil y...

—Irse a las manos es lo que está más a mano —lo corta Ceferino —. Y cuando no tienes mucho más a mano, es lo que hay.

—No hablo de ti —explica Sebastián—. Me refiero a las relaciones entre los países y su...

—Es lo mismo —insiste Ceferino con un extraño brillo en la mirada —. A lo mejor en otros lados la gente será capaz de conversar, pero por acá somos todos mecha corta y...

—Piensa que en Europa llevan siglos matándose —insiste Rovira—. Estando todos tan juntos, ¿no sería mejor que se...

—¿Y quién chucha crees que está metiendo las manos y nos llevó a esto? ¿De quién crees que es la plata que estamos defendiendo?

Rovira lo queda mirando. No es primera vez que escucha algo parecido, pero se ha negado a creerlo. A la vez le sorprende que alguien como él esté tan enterado de cosas como esas.

Ceferino niega con la cabeza.

—No creas que entiendo mucho ni tampoco que me importa —

dice—. Aquí hay techo y comida. Es suficiente pa matarse con los cholos, al menos pa mí.

Sebastián piensa que tal vez la visión que tiene de las cosas puede haberse quedado un poco corta para lo que es la realidad y sin haber escuchado todavía siquiera un solo tiro.

Entonces aparece el ingeniero Jones junto a la caldera. Revisa el manómetro, mira su libreta y asiente.

—*Very good* —dice—, *but less talk and more action*. Aquí a nadie le pagan por hablar.

—Nadie nos ha pagao ni cobre —se queja Palma—. ¿Cuándo viene eso?

—Yo ni sabía que nos iban a pagar —Sebastián Rovira.

El ingeniero Jones sonríe de manera siniestra.

—Y puede que a *many* no paguen —dice—. Muertos no cobran.

Los dos grumetes solo se miran.

—Así que eso —cierra Jones—. Por ahora, *just stay alive*.

IV

El blindado *Cochrane* está en la rada de Iquique junto a otros buques de la escuadra chilena manteniendo el bloqueo del puerto peruano.

Los días transcurren en un monótono y a la vez confuso ir y venir entre diferentes caletas y puertos peruanos y bolivianos, sin que el alto mando naval se ponga de acuerdo con las autoridades civiles sobre qué hacer para combatir a la marina de guerra del Perú. Aquello ha traído una infinidad de tiempos muertos para muchos marinos que, sin tener que cumplir algún turno o guardia, en las largas esperas no tienen mucho en qué ocuparse.

A bordo del *Cochrane* eso ha ocurrido en particular con la dotación del regimiento de artillería de marina. No siendo parte de la tripulación regular e incorporados con motivo de la guerra, son quienes menos tienen que hacer.

El soldado Hugo Salvo está echado en la cubierta, cerca de la borda de estribor en un sector de la popa, junto al soporte del que cuelga uno de los botes del buque. Tiene el quepí azul del uniforme sobre los ojos para protegerse del sol y canturrea una canción inconexa. A su lado está sentado el marinero Anastasio Subiabre. Tiene las piernas cruzadas y fuma tabaco en una pequeña pipa de madera. Son las tres de la tarde de un jueves.

—Puta que ha sido latoso todo esto —se queja—. Por último,

navegando en la *Magallanes* allá en el sur siempre había algo que hacer, porque el clima no te dejaba en paz. Además, cuando llegábamos a Punta Arenas siempre había buena compañía.

El marinero Anastasio Subiabre asiente.

—¿Un amor en cada puerto? —plantea.

—Ni te imaginas —responde el soldado con orgullo—. La ciudad igual es nueva y no cualquier mujer se va para esos lados.

A continuación, Salvo se incorpora un poco, se quita el quepí del rostro y mira al marinero Subiabre.

—El problema es que como el puerto era uno solo, los amores estaban todos donde mismo. Y a veces pasaban cosas incómodas, no sé si me explico.

El marinero suelta una risita.

—Prueba bajar a alguno de estos puertos a hacerte el galán ahora —dice—. Capaz que hasta te la corten con un cuchillo sin filo. En todo caso, yo no me preocuparía mucho de lo otro.

—¿De qué? —pregunta el soldado que vuelve a recostarse y cubrirse la cara con el quepí—. ¿De lo latoso que es todo esto?

—Sí —responde el marinero soltando una voluta de humo—. No sé si supiste que ya nos dimos los primeros combitos con el enemigo.

—Sabía que se produjo una pelotera con el ejército que avanzó al interior desde Antofagasta —dice el soldado Salvo—. Se tomaron Calama y hubo un par de muertos.

—No, querido —responde el marinero Subiabre—. Ya hubo pelea aquí en el mar.

Anastasio Subiabre suelta otra voluta de humo.

—Fue hace un par de días —sigue—. Y justo fue tu barquito anterior en el que andabas cazando faldas por allá en los sures.

Una campana repiquetea por el sector de proa. El marinero Subiabre le da una nueva calada a la pipa.

—Tu cañonera *Magallanes* venía para acá con documentos del ministerio de Guerra y Marina —dice—. A la altura de la desembocadura del Loa se topó con la *Pilcomayo* y la *Unión*.

El soldado lo mira con repentina preocupación. El marinero niega con la cabeza.

—Tampoco pasó mucho —agrega—. Se dieron un par de cañonazos, a la *Magallanes* le hicieron cagar su lancha a vapor y la *Unión* reventó calderas. Al final fue solo eso. Pero ya empezó la huevada.

Entonces resuenan un par de cañonazos en la bahía que hacen que el soldado Salvo se sobresalte. El marinero Subiabre se ríe.

—¿No que todo era dar la lata? —desliza—. De acuerdo; esto de no hacer nada flotando en el mar aburre, pero estamos en guerra. Desde ahí, nunca vamos a estar en calma, aunque no hagamos nada.

El soldado Salvo se limita a mirarle.

—Por ahora parece que no va a pasar mucho —postula el marinero—. Solo ejercicios de los barcos que llegaron la semana pasada a sumarse a la escuadra.

—¿Cuáles barcos son esos? —pregunta el soldado Salvo rascándose la cabeza.

—¿Pero qué le pasa, soldado? —espeta riendo—. ¿En dónde chucha está embarcado usted que no sabe de su escuadra?

El soldado se pone el quepí y se sienta en cubierta.

—Es que a nosotros nadie nos dice nada —se excusa—. Tú eres el único con el que he podido conversar.

—Debe ser porque a nosotros también nos encuentran raros —replica Anastasio Subiabre—. A los artilleros.

Por un momento los dos se quedan en silencio. Suenan otros dos cañonazos más a lo lejos.

—La *Abtao* y la *Covadonga* —dice entonces el marinero—. Llegaron de Valparaíso y ahora parece que sí estamos todos.

—¿Quiénes vienen en esos barcos? —pregunta el soldado.

—En la *Abtao*, una división de colegas tuyos de artillería de marina al mando de Carlos Condell.

—Tiene fama de jodido —opina Hugo Salvo—, pero buen marino. ¿Y en la *Covadonga*?

—Repuestos y técnicos para el telégrafo —dice Anastasio Subiabre —. Y a cargo un capitán joven que creo que es el secretario del ministro Sotomayor.

—No lo ubico. ¿Cómo se llama?

—Arturo Prat.

V

—Están casi por llegar a la costa, capitán —dice el teniente Souper.

Observa con un catalejo hacia el litoral desde la torre de mando del blindado *Cochrane*, anclado frente a las costas de Pisagua.

A su lado el capitán Simpson hace lo propio con unos binoculares. Puede verse la playa y, más atrás, sendos cerros de pampa yerma y seca.

El objeto de atención de los oficiales son las dos chalupas con marineros y soldados del regimiento de artillería de marina prestos a desembarcar en la playa para destruir botes, lanchas e instalaciones portuarias de la plaza, ocupada esta por una combinación de fuerzas bolivianas y peruanas.

En cubierta, casi toda la tripulación está pendiente de la maniobra y los marinos se van pasando los pocos catalejos disponibles.

—¡Oe, pero presta pa ver, poh! —reclama el grumete Ceferino Palma entre la multitud de marineros agolpados en la borda del lado de estribor.

El grumete Sebastián Rovira le entrega un catalejo y de inmediato Palma apunta hacia la costa.

—¡Pero no se ve ni una custión con esta huevada! —se queja.

—Por la chucha que erís poco pillo —le dice Rovira riéndose—. Lo tienes al revés.

El grumete Palma mira el objeto con curiosidad y se rasca la cabeza por encima de la gorra del uniforme. Enseguida, observa a través de él por el lado correcto. Sonríe.

—¡Ahí sí! —exclama encantado—. ¡Vamos, cabros! ¡A partirles su puta madre a estos cholos!

Sebastián Rovira niega con la cabeza.

—De verdad que no entiendo por qué los odias tanto —dice—. Son el enemigo, de acuerdo, pero lo tuyo parece que es personal y...

—Y ya te dije que no tenís por qué juzgar cómo los demás nos tomamos esto —replica su compañero sin dejar de mirar por el catalejo.

Los gritos, los chiflidos y las vivas de los marineros en la cubierta van en aumento a medida que los pequeños botes se acercan a la costa. El que va adelante por fin toca el fondo de arena y, de inmediato, descienden un marinero y un soldado de artillería de marina a asegurarla.

Entonces se oye el primer disparo de fusil. Luego dos más y a continuación el repiqueteo de una ametralladora Gatling que cae como fuego granado sobre la chalupa de avanzada.

El marinero es alcanzado por el fuego y resulta herido en un brazo. El soldado de artillería de marina alcanza a cubrirse tras la chalupa, ayuda al marinero a hacer lo propio y luego, desde allí, comienza un fuego de cobertura que les permite embarcarse de nuevo.

El bote que venía más atrás alcanza a retroceder mar adentro gracias a los remos, pero la primera chalupa queda atrapada porque nadie puede bajarse a empujarla ante el riesgo de ser abatido por los tiros aliados. Apenas es advertida la situación en el *Cochrane*, la

marinería estalla enardecida en un bramido de insultos y maldiciones. En la torre de mando el asunto tampoco deja indiferente a nadie.

—¡Los están cociendo a tiros, capitán! —grita el teniente Souper bastante alarmado.

—¿Y qué se esperaba? —contesta el capitán Simpson—. ¿Que nos recibieran con florcitas? El tema es que nosotros también podemos hacerles cariño. ¡Contramaestre Salgado!

El contramaestre Marcos Salgado sube a la torre de mando.

—Capitán —dice al momento de cuadrarse.

—Que la batería de estribor abra fuego de inmediato —ordena volviéndose a él—. Y que usen munición incendiaria.

El capitán vuelve a mirar hacia la costa con los binoculares.

—Dicen que tienen harto salitre ahí guardado —masculla—. Dejemos que arda.

Salgado se lleva la mano a la visera de su gorra, luego baja corriendo de la torre y atraviesa la cubierta entre las maldiciones de la marinería. Por una escalera desciende hacia la cubierta de los cañones de la batería de estribor.

La casamata donde están alojados los tres cañones de doscientas cincuenta libras de la batería de estribor tiene unos dos metros de alto y alberga cada pieza de artillería en cureñas puestas sobre rieles metálicos, lo que permite que cada cañón se mueva en diferentes direcciones, cubriendo entre los tres todo el espectro de visión.

Al contramaestre no le sorprende encontrarse ahí al marinero Subiabre junto a los otros dos servidores del cañón del medio. Están haciendo catastro de saquetes para disparo y de las granadas de diverso tipo que tienen en el suelo entablado.

Los servidores de los otros dos cañones también trabajan con sus piezas e incluso uno de los del a popa lo limpia afanosamente con un paño. Cuando lo ven llegar, los nueve servidores se ponen firmes.

El contramaestre se lleva la mano derecha a la visera de su gorra otra vez.

—Artilleros —dice—, abrir fuego de inmediato sobre el enemigo en la costa. Bombardeo coordinado y munición incendiaria. La prioridad son los depósitos de salitre.

—¡A su orden, mi contramaestre! —dicen los nueve marineros.

Anastasio Subiabre dibuja una sonrisa desencajada.

—Cuando empezó esta pelotera de ahora —dice—, pensamos que podíamos aportar con alguna cosita y nos vinimos para acá para estar preparados.

—Me imagino —replica el contramaestre.

El marinero Subiabre se agacha y acaricia una granada.

—Cuando les pongamos una de estas guagüitas, van a ver lo que es bueno —susurra.

Luego, se acerca y le da un tierno beso. Salgado hace un gesto reprobatorio con la cabeza, da media vuelta y se va.

—¡Ya, pues! —brama entonces Anastasio Subiabre—. Vamos a hacer esto.

En movimientos coordinados con los otros dos servidores, mueven el cañón por los rieles hacia el interior. Uno pone enseguida el saquete de pólvora negra por la boca. Luego, los otros dos insertan una granada incendiaria también por la boca y una vez que está en posición, Subiabre tira de un par de palancas hasta que se oye un crujido metálico.

—¡Cañón del centro cargado! —dice a continuación—. ¡Apuntar

pieza!

Uno de los servidores se encarga de alinear las miras con el horizonte y el blanco en tierra, mientras el otro va haciendo los ajustes en altura y ángulo de tiro girando manivelas y tirando de palancas a las indicaciones del primero.

Cuando el cañón está en la posición correcta, ambos servidores se ubican junto a Anastasio Subiabre, que observa la maniobra con frenesí mientras mira a su izquierda y derecha en espera de la señal de confirmación. En los otros dos cañones uno de los servidores le hace una seña. Subiabre asiente.

—Batería de estribor lista para bombardeo coordinado —masculla —. ¡Fuego!

Uno de los servidores en cada cañón tira un rabillo y se producen los disparos que resuenan como una tromba sónica y que, además, hacen que el barco tiemble un poco.

—¡Conchetumadre! —dice el grumete Ceferino Palma en cubierta ante el estruendo.

Está a punto de ponerse a llorar del susto, pero al ver que los demás marineros lo quedan mirando, se serena y empieza a reírse de manera extraña. La serie de disparos continúa de manera regular por los tres cañones de la batería de estribor, y a medida que van saltando fogonazos y chispazos cuando son alcanzados los depósitos de salitre, la alegría vuelve a tomarse a la tripulación. Sin embargo, el grumete Sebastián Rovira repara en su joven compañero.

—¿Qué te pasa? Primero todo enchuchado tirando mierda al enemigo y ahora que les estamos dando duro, sales con esto.

Ceferino Palma lo abraza y ahora sí se larga a llorar.

—¡No quiero que me echen de aquí, hueón! —chilla—. Me han

echado de todos lados. Si tengo que odiar pa que alguna puta vez alguien me quiera, lo voy a seguir haciendo.

Rovira solo atina a abrazar a su compañero. Nunca había visto nada por el estilo. Tal vez así tenía que comenzar su carrera en la Armada después de todo.

Mientras, en la casamata de estribor del blindado *Cochrane*, el marinero Anastasio Subiabre escruta el panorama en la costa con un catalejo.

—Se están friendo —dice—. Y la chalupa atrapada ya vuelve a remo. Creo que estuvo por ahora. Limpiar cañones y hasta la próxima.

Una próxima que, sin ninguna duda, llegará.

VI

Es la primera jornada del primer permiso de un par de días que se le da a la tripulación del *Cochrane*. El blindado flota en aguas calmas frente al puerto ocupado de Antofagasta junto a otros buques de la escuadra chilena. Es mediodía, está soleado y corre una brisa fresca desde el mar.

Tierra adentro, por las calles de la ciudad, puede verse mucho movimiento. En buena parte se trata de personal del Ejército chileno encargado de realizar la ocupación, pero también hay muchos marinos, porque el permiso se les dio a casi todas las tripulaciones de la escuadra, quedando el personal necesario para el funcionamiento básico de cada embarcación. Solo la cañonera *Magallanes* con su dotación completa mantiene el bloqueo.

Hugo Salvo lidera el jolgorio de un grupo de soldados del regimiento de artillería de marina, que tontean por la calle principal del puerto, celebrados por la inmensa población chilena y solo mirados con reprobación por los pocos bolivianos que aún no abandonan la ciudad.

La dotación destinada al blindado *Cochrane* se divide en tierra, yendo unos a jugar billar a un local del que se enteraron por gente del Ejército, mientras otros deciden ir de compras y hacerse con jabones, ropa interior nueva, navajas de afeitado y distintos objetos que resulta imposible conseguir en alta mar. Todos aprovechan de

caminar en tierra firme, estirar las piernas y por un momento reposar de ese eterno bamboleo que implica estar en una nave sobre el océano.

—Ya, cabros —dice el soldado Hugo Salvo—, ahora vamos a remojar un poco la jeta. Dicen que los peruanos tienen un aguardiente bien rico que se llama como uno de sus puertos.

Ve que los demás soldados solo lo miran.

—Ahueonao —le dice uno, flaco como un huso.

—Estamos en Antofagasta —aclara otro gordo y redondo—. Es territorio boliviano.

Hugo Salvo asiente y sonríe.

—Es la misma hueá —replica—. Por ahora, esto es Chile.

Se vuelve con entusiasmo para apurar la marcha calle arriba en busca de alguna taberna, cuando choca de frente con alguien que suelta una maldición. El soldado Salvo se queda mirando. Es una mujer de unos treinta y tantos años, delgada pero bastante voluptuosa, lo que se nota incluso bajo el uniforme militar de guerrera azul, falda roja y botas de montar. Tiene el cabello negrísimo y largo, tomado en una trenza, la piel quemada por el sol y una mirada pícara. Tras ella hay otras dos mujeres con el mismo uniforme. Las tres llevan fusiles Comblain colgados del hombro.

—Abrir más los faros, marinero de agua dulce —le dice con una voz algo ronca.

El soldado Salvo había escuchado de esas mujeres, aguerridas y arrojadas, que en excepcionales ocasiones eran aceptadas por el Ejército para formar parte de los regimientos y prestar labores de asistencia, aunque llegado el momento de coger el fusil y darle cara al enemigo, lo hacían igual que los hombres. Sin embargo, no

imaginó que su aspecto sería como el de aquella que tiene delante, que lo mira con una media sonrisa, porque sabía de la existencia de las cantineras, pero nunca había visto a una.

—Qué pasa, marinero —dice la mujer—. ¿El gato te comió la lengua?

A sus espaldas escucha los chiflidos y las burlas de sus compañeros que se ríen encantados de la escena.

—¡Pero qué angelitos están entrando al Ejército! —dice el soldado Salvo.

En su natal Valparaíso eso nunca le ha fallado con las porteñas con las que ha tenido sus arrumacos en los cerros y cuestas. Para su sorpresa, ve que la mujer levanta una ceja y luego suelta una risotada.

—¿En serio? —dice ampliando la sonrisa—. Una lleva meses peleándosela a este puto desierto y este cabro chico cree que con algo como eso le va a saltar la liebre.

Las otras mujeres son las que ahora se ríen. Atrapado entre dos fuegos, Salvo se limita a sonreír.

—Si no son ángeles, a lo mejor son diablas, lo que podría ser incluso mejor.

Esta vez la mujer solo lo queda mirando.

—Soy Carlota Rivas. Cantinera del 3º de Línea. Ellas son mis compañeras y vamos entrando al turno en la ambulancia que está al lado de la plaza.

Ahora es él quien amplía la sonrisa.

—Yo soy el soldado Hugo Salvo —replica—. Artillería de marina, embarcado en el *Cochrane*. Y supongo que me dices eso para que te vaya a buscar cuando salgas del turno.

Ahora los soldados cuchichean y las mujeres ríen. Carlota Rivas sonríe y se sonroja un poco.

—Saliste bien rápido, cabro chico. Dicen que los marinos siempre andan necesitados, pero no pensé que fuera para tanto.

—No es eso —dice Hugo ensombreciendo el semblante—. Lo que pasa es que uno no sabe cuánto nos queda respirando en esto. No podemos darnos el lujo de perder tiempo.

De pronto tanto los soldados como las cantineras se miran y entre todos cae un pesado silencio.

La guerra afecta la vida de maneras particulares.

Nunca para bien.

Hugo Salvo se encoge de hombros.

—Supongo que la guerra nos cambió la vida a todos —musita—, pero es lo que nos tocó y con eso hay que moverse.

—¡Ya, poh! —lo apura el soldado flaco—. Invítala a salir como corresponde de una puta vez, pa que vayamos a chupar por ahí.

La alegría retorna al grupo y se oyen chiflidos y risas. Carlota Rivas niega con la cabeza.

—Parece que es medio lento este cabro chico. Y como él mismo dice, tiempo no nos sobra, así que te la voy a hacer fácil: salgo a las siete de la tarde y, como te dije, la ambulancia está en la plaza.

Las tres mujeres se toman de los brazos y siguen su camino, mientras el soldado Hugo Salvo se queda mirándolas en silencio. El resto de la tropa lo abraza y felicita por ser el primero en conseguir una cita en el primer día del primer permiso que se le da a la tripulación del *Cochrane*.

VII

Por fin se tomó una decisión.

La escuadra chilena en pleno navega por alta mar rumbo a su objetivo: destruir a su equivalente peruana, a la que esperan encontrar fondeada en el mismísimo puerto de Callao en el Perú.

A muchos no les queda muy claro si es la mejor idea, pero estar a mediados de mayo sin movilizar el Ejército, que sigue acumulándose en Antofagasta, volvió la situación insostenible. Por lo mismo, la sensación de que al menos se está haciendo algo disminuyó un poco, sobre todo en la marinería, esa nerviosa incerteza que invadía los extensos tiempos muertos.

La decisión fue tomada por el almirante Juan Williams Rebolledo sobre datos entregados por el servicio secreto, en orden a que tanto la fragata blindada *Independencia* como el monitor *Huáscar* habían sido vistos fondeados para reparaciones en el principal puerto peruano. Aunque la información no estaba del todo confirmada, el jefe de la escuadra chilena decidió que con eso le tendría que bastar; y se preparó la expedición.

El bloqueo de Iquique, por supuesto, se mantendría.

Las naves elegidas para la tarea eran las dos más débiles de la escuadra en términos de su antigüedad y estado actual: la corbeta *Esmeralda* y la goleta *Covadonga*, además del transporte *Lamar*. Al mando de la primera quedaría el capitán Arturo Prat, mientras que la

Covadonga estaría bajo las órdenes del capitán Carlos Condell. Los dos últimos oficiales en incorporarse a la escuadra.

El primer contingente en zarpar fue la fragata blindada *Cochrane*, más las corbetas *O'Higgins*, *Chacabuco* y *Abtao*, junto al transporte *Matías Cousiño* como buque carbonero. Al día siguiente inició periplo la fragata blindada *Blanco Encalada*, con el almirante Williams Rebolledo a bordo, junto a la cañonera *Magallanes*. Todas las naves de la escuadra chilena se agruparon en un punto de reunión a cuarenta millas de la costa.

El problema fue que, durante la noche, el *Matías Cousiño* se perdió. Cuesta entender cómo un buque de cerca de seiscientas toneladas y más de sesenta metros de eslora podía extraviarse, sobre todo existiendo un *rendez-vous* establecido para la escuadra. Pero a la mañana siguiente, cuando debía iniciarse la incursión hacia el Callao, el buque carbonero de la escuadra chilena no apareció por ninguna parte.

Lo más probable es que haya sido avistado por alguna de las otras naves de la escuadra peruana en algún punto del trayecto. Por esa razón su capitán, considerando que estaba al mando de una nave sin artillar, decidió huir de regreso al litoral. Lo concreto es que estando la escuadra recién iniciando su travesía, se quedaba sin buque proveedor de carbón.

Como los contratiempos fueron demasiados y costó mucho tomar la decisión de avanzar con el plan, el almirante Williams Rebolledo ordenó no buscar al *Matías Cousiño*, seguir adelante con la operación y que cada barco se las arreglase con el carbón que llevara a bordo. Así se inició la navegación desde el punto de reunión

hacia el principal puerto peruano en una estrecha columna, con el *Blanco Encalada* a la cabeza y el *Cochrane* cerrando la retaguardia.

Es un amanecer despejado y bastante fresco, y la actividad en cubierta de la fragata blindada comienza a ponerse en marcha. Los marineros que hacían la guardia nocturna se retiran a los camarotes a dormir en sus coyes colgantes, mientras los que ahí reposaban se desperezan y se dirigen al comedor a tomar el almuerzo.

En la torre de mando del *Cochrane* están el capitán Enrique Simpson y el teniente Manuel Souper, envueltos en gruesos chaquetones de solapas altas que los protegen del viento helado.

El capitán mira con sus binoculares al resto de la escuadra que lleva delante, en tanto el teniente escruta el sol en el horizonte con un sextante y hace los cálculos respectivos con un trozo de tiza en una pequeña pizarra de color negro.

—Creo que estamos donde se supone que deberíamos, capitán —dice el teniente Souper, guardando con cuidado el instrumento en una caja de madera junto con la pizarra.

—Que al menos algo salga como corresponde —replica el capitán —. Ya no sé qué es más absurdo: mantener el sacrosanto bloqueo de Iquique hasta la eternidad o tirarnos como lo hicimos ahora.

El teniente inspira.

—Me resultó un poco extraño eso —reconoce—. Si para el almirante Williams Rebolledo es tan importante el bloqueo, no sé si sea buena idea dejarlo a cargo de las dos naves más débiles que tenemos.

—Que por el contrario quedan a cargo de gente excelente —opina el capitán—. Por lo mismo, lo que me pareció extraño a mí es que

los dejaran a ellos a cargo del bloqueo y no vinieran aquí con nosotros.

El teniente Souper mira al capitán un momento. Este sonríe.

—En todos lados se cuecen habas, teniente —dice—. Condell es bastante llevadito de sus ideas y digamos que a ningún almirante le gusta eso bajo su mando.

Repiquetea una campana abajo, en cubierta. El teniente Souper saca un reloj prendido por una cadena al bolsillo interior de su chaquetón y lo revisa.

—Y Prat es abogado —concluye el capitán—. Los abogados no caen bien en la Armada. Sobre todo si litigan contra la misma institución, incluso si lo hacen con justa razón, como pasó en su caso.

—Los abogados no caen bien en ninguna parte, capitán.

Simpson lo mira un momento y luego ambos se ríen.

—En todo caso —agrega el teniente—, el capitán Prat va a ser un extraordinario comandante. Quizá habría sido más útil aquí, pero estoy seguro de que en Iquique será un aporte.

Entonces aparece el contramaestre Salgado en la torre de mando.

—Capitán —saluda—. Teniente.

A continuación, entrega a cada uno un jarro de latón con café caliente que ambos reciben agradecidos.

—¿Cómo estamos con el tema del carbón? —pregunta el capitán —. Con esto de los barcos que desaparecen, hay que ser previsores.

—En algún minuto podría pasar la cuenta —informa el contramaestre—. Por ahora las cosas están en orden.

—Bien —contesta Souper—. Por favor manténgame informado de cualquier cosa.

—A su orden, mi capitán —replica el contramaestre llevándose la mano derecha a la visera de su gorra y descendiendo de la torre de mando. Desde allí comienza a dar instrucciones al personal que se va topando mientras se dirige a proa.

Pronto vendrá el primer enfrentamiento con la escuadra peruana y pretende tener el buque en condiciones para la ocasión, lo que hace que vuelva a llenarse de esa desazón de saber que va a tener que enfrentar a gente con la que antes combatió codo a codo. Sabe muy bien lo mucho que va a dolerle apretar el gatillo contra el enemigo. Con los años que lleva en la Armada, ya tiene un férreo sentido del deber acuñado en su alma, pero no es menos cierto que nunca se había enfrentado a una situación como esa. Por primera vez le preocupa que al dar cara al enemigo le tiemble la mano de cumplir su deber, no por miedo o cobardía, sino por los afectos involucrados.

Y es que combatir hermana a los hombres.

Y los hombres buenos no matan a sus hermanos.

Justo a los pies del palo de trinquete se topa con unos grumetes que están de rodillas en el entablado aseando la cubierta con escobillas. Reconoce a los dos últimos incorporados a la tripulación.

—Grumetes Palma y Rovira —dice.

Los dos mencionados se ponen de pie de un brinco y se cuadran.

—¡A su orden, mi contramaestre! —dicen los dos muchachos a coro con entusiasmo.

—¿Cómo han estado? —les pregunta—. ¿Se han llevado bien con los demás grumetes y tripulación?

Los dos chicos solo se miran. Si bien se han integrado con los demás a bordo, han generado un vínculo especial entre ambos, de alguna forma sintiéndose en la misma condición de haber sido los

dos últimos en llegar a un grupo ya formado, con lazos, vínculos y compromisos establecidos. De a poco han comenzado a sentirlos ellos también, pero además por su situación puntual ha nacido un gran cariño, respeto y preocupación mutuos, lo que ha sido grato para ambos. Amistad, se le podría llamar en circunstancias más normales.

—Hemos estado bien —responde el grumete Rovira.

—Y puee que espués estemoh mejor —agrega el grumete Palma —. O puee que pior. Pero mientras istemos aquí, la hueá vale la pena.

El contramaestre les sonríe.

Agradece que todos ahí son buenos muchachos. Entonces, por sus propias cavilaciones, repara en algo.

—Pronto nos enfrentaremos al enemigo —señala.

Los dos grumetes solo se miran.

—Nada de heroísmos ni huevadas por el estilo —musita—. Esas son cosas de grandes y ustedes recién llevan un par de semanas embarcados. Como dijo el ingeniero Jones: si quieren cobrar, tienen que seguir vivos.

Ni el grumete Palma ni el grumete Rovira recuerdan que el contramaestre Salgado haya estado presente cuando Jones mencionó eso, pero ninguno dice nada.

El contramaestre Salgado sigue caminando por cubierta hasta llegar a proa y ahí se queda mirando el océano. Desde la cofa en lo alto del palo de trinquete lo observan el marinero Anastasio Subiabre y el soldado Hugo Salvo en turno de vigías.

—Buen gallo este contramaestre Salgado —opina el soldado—. En

general los contramaestres lo son, pero este hueón es muy preocupado de su gente y eso está muy bien.

El marinero tuerce la boca en una mueca y a continuación asiente.

—El contramaestre Salgado no solo es buen marino —dice—. Es demasiado buena persona, porque toma esos riesgos que no hay que tomar cuando estamos en algo como esto.

—¿Cuáles riesgos? —pregunta el soldado Salvo frunciendo el ceño sin entender.

—Tú dices que se preocupa por su gente —musita el marinero Subiabre—. No, él va más allá. Él se encariña con su gente. Y eso es lo peor que puedes hacer aquí.

El soldado Salvo no dice nada.

—Se supone que te preparan para esto —sigue el marinero—, pero nunca es suficiente. Y cuando pasa, tienes que asumir que va a morir mucha gente, gente que conoces, gente con la que convives. Por eso no puedes correr el riesgo de encariñarte con nadie.

El soldado Salvo niega con la cabeza.

—No me hueis, poh —reclama—. Es cierto lo que dices, pero nos corre sangre caliente por las venas, no agua salada. Es natural que se creen lazos y...

—¿Y si después te matan al hueón? —le corta el marinero, ahora mirándolo—. ¿Qué vai a hacer? No hay tiempo de llorar, porque al día siguiente te matan a otro, y a otro. Y así. ¿Creís que es fácil arrastrar eso y además estar lúcido pa pelear?

—¡Pico! —responde el soldado Hugo Salvo con resolución—. Si pasa, ahí habrá que ver qué se hace, pero mientras no pase, hay que darle nomás. Es la única manera de no volverse loco con todo esto.

Ve que el marinero empieza a reírse.

—Conociste a alguien —le dice—. Nos ponemos muy huevones cuando una mujer se nos mete en el seso. ¿Quién es?

El soldado Salvo baja la mirada y se ruboriza un poco, aunque sonríe.

—Cantinera del 3º de Línea —confiesa—. Apostada por ahora en Antofagasta.

El marinero asiente y se pasa la mano por la nariz.

—Entiendo que estés así —dice—. Pero ¿y si la matan? Porque puede pasar, que sea mujer no garantiza nada y...

—Y ya veré qué pasa si hay bala con el nombre de la Carlota —replica Hugo Salvo—. Por ahora me quedo con lo contento que me tiene conocerla y saber que hay una mujer que...

—¿Y si te matan a voh, tonto hueón? —insiste entonces Anastasio Subiabre.

El soldado Salvo se queda paralizado.

Ve que el marinero Subiabre lo mira ahora muy serio.

—¿No hai pensao cómo va a quedar ella si pasa eso? —dice.

Hugo Salvo no lo había pensado. Siempre ha tenido muy presente que la cosa puede terminar de un momento a otro, pero no había reparado en que existiese alguien que fuese a echarlo en falta a él. Su romance con Carlota ha ido muy rápido, tal vez porque no tienen tiempo que perder. Y se había puesto en todos los escenarios que ofrece la guerra, desde entrar marchando triunfante a la bahía del Callao a morir reventado por una granada, ser hecho prisionero o terminar como parte del fondo marino.

Todos, salvo el que existiese alguien que fuese a extrañarlo.

Sin embargo, no hay nada que pueda hacer aparte de no morir y

volver al puerto ocupado, donde está esa persona esperándolo y además peleando su propia parte de la guerra.

Asume que es la mejor manera de tomárselo.

—Ya veremos —es todo lo que dice.

El marinero lo mira un momento y luego cada uno vuelve a escrutar en silencio el horizonte con catalejos.

Mientras, la escuadra chilena sigue su navegación hacia el norte.

VIII

La escuadra chilena está de regreso en Iquique una vez más, solo que ahora las cosas son algo diferentes.

Son cerca de las dos de la tarde de un día nuboso. Ni la fragata blindada *Independencia* ni el monitor *Huáscar* estaban en Callao, pero de eso la escuadra chilena solo se enteró llegando allá. La expedición se reunió en las islas Hormigas, a sesenta kilómetros del puerto peruano, y solo cuando las lanchas de avanzada iban por la isla Lorenzo, frente al principal puerto peruano, notaron que no había ningún buque fondeado.

Ya eso bastó para que cundiera el pánico en los mandos navales a cargo de la misión. Luego se enteraron por extranjeros que los dos buques peruanos habían salido de Callao con dirección al sur cuatro días atrás. Pero eso sería apenas el comienzo de las malas noticias.

Puesta proa de regreso al sur forzando las máquinas, en una parada para repostar, el alto mando naval supo no solo que navíos peruanos habían bajado por el mapa, sino que además en algún momento se los cruzaron, pero debido a que ellos iban navegando en línea recta al Callao por alta mar —la ruta más corta—, y al venir la escuadra peruana pegada al borde costero, no se vieron.

Pero eso, también, sería solo el comienzo de las malas noticias.

Llegados el monitor *Huáscar* y la fragata blindada *Independencia*

al puerto de Iquique, se encontraron con los dos barcos que mantenían el bloqueo.

La *Covadonga*, la única de las dos naves todavía capaz de moverse, dejó la rada de Iquique con dirección a Punta Gruesa, saliendo la *Independencia* en su persecución. La *Esmeralda,* por su parte, se quedó en Iquique para hacerle frente al *Huáscar*.

A bordo del *Cochrane*, la tripulación se reunió en cubierta para enterarse de los acontecimientos en voz de su capitán, quien venía de vuelta de la junta naval que acababa de realizarse a bordo del *Blanco Encalada*. Todos supieron de antemano el desenlace.

Arturo Prat, el marino al que la mayoría de la gente de mar conocía solo como el tipo que trajo a la *Covadonga* desde Valparaíso hacía unas semanas, o como el secretario de un mando civil que había quedado a cargo de la *Esmeralda*, veía cómo llegaba su momento. No teniendo oportunidad contra el *Huáscar*, cuando el blindado espoloneó su buque saltó al abordaje con su espada y su revólver en un intento de hacerse con el control del mismo. Era un acto suicida, no cabía duda, pero de un valor que sobrecogió a todos y lo convirtió en una leyenda de la Armada. Ocurrido esto, y ya hundiéndose, la tripulación de la *Esmeralda* no arrió nunca la bandera de combate y dispararon hasta que la nave desapareció en el océano Pacífico. Más de la mitad de su tripulación murió y los sobrevivientes fueron rescatados y hechos prisioneros por la marina de guerra del Perú.

De alguna manera, saber todo eso no solo compuso la moral de la tripulación del *Cochrane*, ya bastante lastimada por la reciente travesía sin asunto, sino que provocó además una rabiosa ansia de cobrarse venganza, que se convirtió en algo personal para la

marinería, lo mejor que le podía pasar en ese momento al confundido alto mando naval chileno. Resulta curioso cómo a veces una emoción como el odio o el afán de revancha, reprochable en cualquier otra circunstancia, podía ser incluso deseable.

La guerra afecta la vida de maneras particulares.

Nunca para bien.

Y el desastre pudo ser peor, es cierto, pero no quita que haya sido un desastre.

Porque la *Covadonga* en Punta Gruesa hizo lo suyo gracias a la astucia del antes conflictivo Condell, que ahora también se había convertido en otra leyenda.

Aunque él tuvo la suerte de vivir para verlo.

Teniendo a la *Independencia* pegada a su popa, aprovechó el ímpetu con el que la perseguía, y su menor calado, por cierto, para hacerla encallar y luego cañonearla hasta dejarla inservible.

Llegado ese punto, de enterarse de todo lo que pasó en su ausencia mientras navegaban primero hacia y luego desde Callao, a bordo del *Cochrane* ya nadie tenía muy claro cómo sentirse.

Se había perdido un buque.

Un marino se había inmolado cumpliendo su deber.

Otro anotaba un valioso tanto.

Había toda una tripulación que vengar.

Y el enemigo perdía una de sus mejores naves de combate.

Cuando el capitán Simpson terminó su relato a la tripulación reunida en la cubierta de la fragata blindada *Cochrane*, esta hervía de maldiciones e insultos e incluso se oyeron un par de tiros de fusilería al aire.

El capitán, a continuación, se retiró a su camarote con expresión

hastiada. En la torre de mando quedaban solo el teniente Souper y el contramaestre Salgado.

—Harto enchuchado estaba el capitán —señala el teniente apoyado en la baranda mientras observa a la tripulación que todavía clama por venganza en cubierta.

—No es para menos —replica el contramaestre—. Esto fue un monumental cagazo del alto mando y ahora aprovechan de exaltar el odio al enemigo en las tripulaciones con tal de que no se note.

El teniente guarda silencio.

—El discurso que se pegó recién el capitán estaba armado para eso —agrega el contramaestre—. Le ordenaron hacer todo esto.

—¿El almirante Williams Rebolledo, dice usted? —pregunta Souper.

El contramaestre aprieta las mandíbulas.

—No sé si él o los burócratas de La Moneda que bien atrincado que lo tienen —musita—. Hay pocas certezas en esto, pero una es que no toda la culpa es del almirante.

—Pero a él como marino se la van a cobrar —complementa el teniente Souper—. Y curiosamente los que nos matamos en el mar con los peruanos somos nosotros.

Salgado ensombrece el gesto.

—¿Vio lo que hizo Grau? —musita—. ¿Con los sobrevivientes de la *Esmeralda* y con el capitán Prat?

—Tengo entendido que el comandante Grau fue bastante correcto —responde el teniente—, pero detalles no manejo.

—Rescató a los náufragos del mar y devolvió el cuerpo y las cosas del capitán. Incluso su espada.

—Eso no lo sabía —reconoce el teniente Souper.

—El comandante Grau peleó junto a Williams Rebolledo contra los

españoles en Abtao —musita el contramaestre en tono sombrío—. Unas semanas antes de que bombardearan Valparaíso.

Souper enarca las cejas con sorpresa.

—A ese hombre —masculla el contramaestre—, es al que tenemos que eliminar. Quien diga que esto es para cubrirse de gloria y no el infierno mismo que vivimos es porque no está aquí.

Entonces se oyen los gritos de uno de los vigías en la cofa del palo mayor.

—¡Humo a proa! —ruge—. ¡Humo a proa, conchetumadre! ¡Es el *Huáscar*!

De inmediato se produce una agitación en cubierta con marinería y oficiales corriendo todos a sus puestos de combate.

Aparece el capitán Simpson desde su camarote y se dirige a la torre de mando.

—¿Qué está pasando aquí? —dice con expresión molesta al llegar arriba.

—Al parecer es el *Huáscar*, capitán —dice el teniente Souper todavía algo sorprendido.

El capitán asiente y se coloca su gorra.

—Contramaestre —ordena—, que se toque generala y zafarrancho de combate. A toda máquina en curso de persecución.

—¡A su orden, mi capitán! —dice Salgado antes de bajar corriendo de la torre de mando para perderse por la cubierta entre la confusión.

Se oyen toques de corneta y el bramido de la tripulación ansiosa y extasiada. El capitán mira por sus binoculares hacia el humo a proa.

—En efecto —dice—, es el *Huáscar*. ¿Qué diablos querrá Grau acá

de nuevo? Debía suponer que íbamos a volver de inmediato al encontrar el Callao vacío.

—La verdad es que no me lo explico —reconoce el teniente—. Tal vez solo iba de pasada.

—Grau no es el tipo de marino que solo va de pasada —dice el capitán—. Lo conocí cuando peleamos con España. Esto no va a ser nada de fácil.

—¿Qué cosa exactamente, capitán?

—Cazarlo —replica de manera seca Simpson—. Ese es el nuevo objetivo del alto mando naval. Prepárese, que se nos vienen semanas de mucho trabajo.

El capitán ve que la fragata blindada *Blanco Encalada* y la cañonera *Magallanes* abandonan la rada de Iquique para comenzar la persecución. Sin embargo, el *Cochrane* no se mueve.

—¿Pero qué chucha? —pregunta—. Ordené persecución a toda máquina y sin embargo no nos...

Se detiene al ver que llega un jadeante contramaestre Salgado a la torre de mando.

—Carbón —resopla—. Nos quedamos sin carbón, mi capitán.

—¡A la mismísima concha de su puta madre! —exclama el capitán golpeando la baranda con su gorra—. ¡Hasta cuándo chucha improvisamos, por la cresta!

Cinco horas después, cuando el *Blanco Encalada* y la *Magallanes* ya regresaban de una infructuosa persecución al monitor peruano que los dejó atrás sin mayores problemas, el vigía del palo de mesana comienza a gritar y altera la relativa calma de la cubierta del *Cochrane*.

—Humo a popa —exclama.

Desde cubierta varios marineros le ven escrutar con su catalejo y a continuación negar con la cabeza.

—Es el *Matías Cousiño* —agrega.

Al día siguiente la escuadra completa es reabastecida de carbón y se comienzan a preparar para entrar en otra fase de la guerra en el mar.

IX

La fragata blindada *Cochrane* fondea una vez más en Antofagasta en un día nublado que, a las tres de la tarde, se presenta fresco.

Desde la fallida expedición de la escuadra chilena al Callao y los acontecimientos de fines de mayo en Iquique y Punta Gruesa, el *Huáscar* ha sembrado el caos y la confusión en el alto mando naval chileno, porque se ha paseado por las costas bombardeando puertos, destruyendo lanchas, cortando líneas de suministro, saboteando el cable submarino del telégrafo, y haciendo que sea imposible movilizar tropas o pertrechos a través del océano por el riesgo de que su presencia implique pérdida de otros buques. Si el alto mando chileno se puso como objetivo prioritario cazar al buque peruano, el comandante Grau y su barco han justificado la decisión.

Con creces.

Siendo Antofagasta el punto de reunión de la mayor parte de las fuerzas chilenas, se decidió que la *Covadonga* y las baterías de tierra no eran suficientes para proteger el puerto ocupado, por lo que se requirió la presencia de un blindado. Eso, además, aseguraba que el buque peruano no iba a aparecer por ahí.

No le costó mucho al alto mando naval chileno deducir que el buque peruano haría una suerte de guerra de guerrillas en el mar, atacando objetivos poco protegidos o de menor entidad y que no significaran un riesgo, evitando a toda costa trabarse en combate

con naves capitales. Incluso si el comandante Grau tuviese toda la intención de enfrentarse a la escuadra chilena y no siempre huir aprovechando la velocidad de su buque, los mandos navales de la marina de guerra del Perú le ordenarían no hacerlo.

La presencia del *Cochrane* en Antofagasta permitía al menos un par de días algo más tranquilos. Por eso mismo, y luego de semanas tan ajetreadas, el capitán Enrique Simpson decidió darle días de permiso a parte de la tripulación, alternándose los beneficiados a lo largo de la semana.

En el puerto ocupado, por su calle principal, caminan un grupo de marinos de licencia entre los que van el teniente Manuel Souper y el grumete Ceferino Palma. Si bien no todos interactúan entre sí, ya el solo hecho de compartir vida embarcada en el mismo buque hace que de alguna manera se conozcan.

—Vamos a tomarnos una cosita —propone un marinero—. Pa celebrar que por fin un teniente quiso venir con nosotros.

—Es que los oficiales no se juntan con la chusma —dice otro riendo—. Se les puede pegar algo. ¿La tiña, puede ser?

Todos ríen de muy buena gana, incluido el aludido teniente.

—No es eso —responde—. Ahora, sí reconozco que con ustedes se pasa mejor. Los oficiales a veces son un poquito lateros, pero no les digan que yo lo dije.

Los marineros se ponen a bramar encantados con la confesión, algarabía que llama la atención de los demás transeúntes.

—Además —dice el primer marinero—, hay que iniciar en estas artes a unos cuantos.

Con eso alude a los tres grumetes que integran el grupo, entre los que está Ceferino Palma, que se ríe por lo bajo.

—Estos hueones creen que uno no ha vivido na —dice a otro grumete—. Ya me he bajao sus buenas cañas de aguardiente.

Los otros dos grumetes se limitan a encogerse de hombros.

El grupo avanza un par de cuadras tierra adentro hasta que se detienen ante un hotel que en su primer piso ofrece venta de comida y licores. Entran y de inmediato los parroquianos del local reparan en ellos. En su mayoría son soldados del Ejército chileno de distintos regimientos.

Los marinos avanzan a través del local y se ubican en la barra, algunos ocupando unos taburetes y los demás permaneciendo de pie. Manuel Souper pide cerveza y aguardiente al encargado y paga de inmediato, gesto que es celebrado por los marineros.

—Se pasó el teniente —dice un marinero—. Aparte de venir a tierra con nosotros, se raja con el trago.

El dependiente tras la barra sirve botellas de cerveza y licor y coloca sobre el mesón unos sucios vasos de vidrio. Cuando ya todos tienen uno en la mano con la bebida de su elección, el marinero levanta el suyo.

—Un brindis. Por Chile y por el teniente Souper.

Cuando todos hacen chocar sus vasos, desde el otro lado del local suena una ebria risotada seguida de un ruido grotesco de labios. Los marineros de inmediato se fijan en el origen de la burla. Viene de una mesa al otro lado del salón donde un grupo de soldados del regimiento Buin 1º de Línea comparte una enésima botella de aguardiente. Se ven sucios y greñudos, con la barba descuidada y el uniforme manchado. Como si llevaran demasiado tiempo en ese lugar sin hacer nada más.

—¿Chile? —dice el soldado burlón—. Como si les importara. Llean

las hueas tanto rato metías en el agua que no ven lo que pasa aquí.

Los marineros no saben bien qué hacer y miran al teniente, aunque el tipo de mención les enfurece, sobre todo considerando las bajas que han tenido como armada.

—Nos mataron al capitán Prat en Iquique —reclama un marinero —. Y más de la mitad de la tripulación de la *Esmeralda* que...

Se detiene al ver que el soldado del Buin se pone de pie furioso y bota su silla. Avanza hacia la barra del local.

—¡Y a mí me mataron a mi hermano en Calama! —brama—. Y desde entonces la única hueá que hacemos son prácticas de tiro porque ustedes no han podido limpiar el mar.

Otro soldado se levanta también de la mesa. Escupe en el suelo. Los marinos se engrifan desde la barra y avanzan un par de pasos. Un capitán de la tropa del Buin se para de su silla y se aproxima al inminente foco de disputa.

—Calmémonos todos —susurra con dificultad—. Todos sabemos que la Armada ha tenido lo suyo también. Perdieron gente tal como nosotros, aunque solo ellos estuvieron...

Sostiene las palabras en un diálogo ebrio.

—¿Estuvimos? —pregunta el teniente Souper arrugando la frente.

El capitán lo mira con malicia.

—Estuvieron lejos para evitarlo —dice el capitán del Buin—. Si no hubiesen estado hueveando en el Callao, a lo mejor no les matan a nadie.

Por un par de segundos el ambiente parece congelarse.

Nadie mueve un músculo y la situación cobra ribetes de irrealidad.

El primero en ponerse a cubierto es el dependiente del lugar, que se esconde tras la barra.

El grumete Ceferino Palma de inmediato pasa al ataque. Corre desde la barra, se arroja sobre el soldado que lanzó la primera burla y comienza a darle puñetazos de sorprendente potencia mientras el soldado solo atina a cubrirse con las manos. Eso desencadena la gresca que involucra a marinos, soldados y gente tratando de huir del descalabro.

Ceferino es asido del uniforme por un soldado del Buin, levantado por los aires y arrojado al ventanal del recinto, quebrándolo con el impacto de su cuerpo y haciéndolo caer a la calle, cosa que alerta a la población local. El teniente Souper de pronto se ve abordado por dos soldados del 1º de Línea, que tratan de tomarle de los brazos, pero se zafa y da soberana paliza con los puños primero a uno y luego al otro.

En ese momento agradece las clases de boxeo inglés que tuvo en la Escuela Naval.

Los marineros se barren en avalancha contra la mesa de los soldados y en unos pocos segundos están sobre ellos machacándoles los cráneos contra el suelo o reventándoles las jetas a golpes de puño.

Alertados por la población civil, no tardan en entrar al lugar efectivos del regimiento Bulnes, casi todos policías antes de la guerra, asumiendo su labor de antaño. Un oficial da un par de tiros al aire con su revólver y todo termina.

Lastimados hay por ambos bandos, que ahora se miran, jadeantes. Uno de los soldados se soba un golpe, escupe y reclama.

—¡Tamos atrapaos aquí! ¡Ustedes no han hecho na!

El teniente Souper lo encara.

—¿Y qué querís que hagamos? —plantea—. Estamos igual que

voh y...

—No —le espeta el soldado—. Para que nosotros podamos hacer algo, ustedes antes tienen que parar al *Huáscar*. ¡Y no han hecho una mierda!

El teniente va a replicar, pero no lo hace. Porque de pronto repara en que eso es cierto. Reagrupa a su gente, bajan por la calle principal del puerto ocupado y en dos botes regresan al *Cochrane*.

A bordo de la fragata blindada las noticias corrieron rápido y el primero en asumir las consecuencias es el teniente Souper. El capitán Enrique Simpson lo mandó a llamar a la torre de mando, e imaginando las razones elucubró muchas defensas respecto a lo sucedido en tierra.

Sin embargo, el asunto es otro.

Enrique Simpson se le acerca y endurece el gesto.

—Sé que se mandaron cagadas en tierra, teniente —dice—, aunque no es por lo que lo hice venir.

El teniente no entiende. El capitán asiente.

—El alto mando ordena zarpar otra vez —anuncia—. Y como usted andaba en tierra haciendo huevadas, a lo mejor lo vio.

El teniente no entiende.

—El soldado Hugo Salvo de artillería de marina embarcado —dice el capitán—. ¿Se lo encontró por allá? Porque no aparece por ninguna parte.

X

La fragata blindada *Cochrane* está detenida frente a las costas de Tocopilla. Son las cuatro de la tarde de un día de sol y bastante viento. Tierra adentro los grandes peñones de suelo yermo del desierto se erigen sobre el pequeño pueblo ubicado junto al mar.

Es una misión de rutina a la que las tripulaciones de las distintas embarcaciones de la escuadra chilena han tenido que acostumbrarse: reparar el cable subterráneo del telégrafo que la tripulación del *Huáscar* ha saboteado una y otra vez a lo largo de toda la costa.

Un marinero con traje de buceo y escafandra está sumergido en el lecho marino realizando la tarea. Desde la cubierta del blindado, dos marineros operan las manivelas de la bomba, ubicada hacia el sector de popa que, a través de una manguera, provee de aire.

Más adelante, junto al palo mayor, el marinero Anastasio Subiabre y el contramaestre Salgado hacen inventario de la remesa de granadas Palliser que por fin les fueron entregadas, tanto a la dotación del blindado *Blanco Encalada* como al *Cochrane*. La idea es revisar su número y condición antes de ubicarlas en la santabárbara del barco.

Anastasio Subiabre está exultante. Observa las granadas de característica forma ojival sentadas sobre su base y con su afilada punta mirando hacia el cielo. Se acerca a ellas, las palpa, las huele y

termina besando a una con ternura. El contramaestre solo lo mira en silencio.

—Ahora sí que sí poh, mi contramaestre —manifiesta—. Con estas guagüitas sí que le vamos a poder dar como corresponde al enemigo.

Salgado levanta una ceja.

—Espero que así sea —dice—. Solo eso justificaría tener a alguien como tú y los tuyos a bordo.

Anastasio Subiabre no acusa recibo y sigue maravillado con las granadas. Ahora las cuenta y hace cálculos mentales. El contramaestre cree entender qué es lo que está haciendo.

—El condestable me dijo que hay más en Antofagasta —informa —. Llegaron en un buque que hace poco recaló en Valparaíso desde Europa y que venía con armas y municiones hasta la cofa.

—Maravilloso —responde Subiabre—. La idea con los cabros no es desperdiciar ninguna de estas preciosuras, pero se está más tranquilo sabiendo que hay más munición.

—Lo que a mí todavía no me cierra —reconoce el contramaestre —, es cómo chucha seguimos armándonos hasta los dientes, sobre todo desde Europa, si hay leyes sobre neutralidad.

—Sobre todo en Europa —reafirma el marinero—. Lo bueno es que se cumplen, e importa más oponerse a las guerras donde muere gente que hacer negocios y forrarse.

A continuación, suelta una risita. El contramaestre lo mira.

—Esto es serio —reclama—. Hasta ahora solo hemos bombardeado puertos, pero cuando nos topemos con el *Huáscar* y el resto de la escuadra peruana, esas mismas armas van a hacer que mueran marineros de ambas...

—Por supuesto que es serio —lo corta Subiabre con semblante sombrío—. Porque además de pasarse por el culo la neutralidad, esto hay que hacerlo pa callao y por debajo de la mesa.

El contramaestre no dice nada.

—En Europa no solo se están forrando a costa nuestra y de los cholos —sigue el marinero—. Además, tenemos que sacarnos los ojos pa que las hueás lleguen escondidas y a la mala pa que los señoritos de Europa no queden como los hijos de puta que son.

El marinero de pronto se ve bastante agitado. Tuerce la boca en una mueca mirando las granadas otra vez.

—Y si no lo hacemos así —concluye—, dejan de vendernos las hueás. Pero como las necesitamos para matar al enemigo y ganar la guerra, no hay de otra.

Empuja una granada con el pie. Luego esta se voltea y rueda por la cubierta unos centímetros hasta chocar con otra. El marinero mira al contramaestre.

—¿Se preguntaba cómo pueden llegar barcos con armas hasta la cofa? —masculla—. Así. Y así parece que seguirá siendo.

Entonces suenan gritos de alarma desde el sector de la popa, específicamente de la bomba de aire operada por los dos marineros para proveer de oxígeno al buzo. Al parecer uno de los puentes metálicos de guía para el vástago se quebró y la pieza se metió entre las bielas, porque de pronto todo el mecanismo quedó bloqueado y resultó imposible seguir girando las manivelas para bombear aire.

Se hace una batahola monumental porque todo el mundo sabe lo que eso significa. De inmediato aparecen Jones y otros ingenieros

que revisan la bomba ante la insistencia e impaciencia de los demás marineros.

Otros oficiales, entre los que está el teniente Souper, comienzan a izar al buzo desde el fondo del mar, pero saben que no pueden hacerlo demasiado rápido porque el cambio brusco de presión podría matarlo, incluso antes que la falta de aire.

Se produce una situación muy tensa que atrae a parte importante de la tripulación al sector, hacia donde también se dirigen Salgado y Subiabre.

Todo es caos en la cubierta del blindado *Cochrane*, con los gritos de preocupación y alarma reproduciéndose en los hombres. Los segundos se convierten en minutos. Los ingenieros siguen sin poder arreglar la bomba y los oficiales todavía no han sacado al buzo del agua.

De a poco el barullo de voces comienza a desvanecerse, mientras los ingenieros ya están solo dándole patadas a la máquina para desbloquearla y los oficiales, por fin, consiguen que el hombre llegue a la superficie. Es izado rápidamente a cubierta y dos oficiales sueltan los pernos fijadores de la escafandra con llaves.

Mientras, un profundo silencio se deja caer sobre la tripulación.

A nadie le sorprende demasiado que al sacarle la escafandra, el marinero ya esté muerto.

Por cerca de un minuto toda la tripulación del blindado se limita a mirarse, sin decir nada.

Pueden verse diversas expresiones en sus rostros.

Sorpresa, pánico, congoja, rabia. Buscar un consuelo que no existe.

Sin embargo, en todas las almas lastima el mismo pensamiento:

aquel hombre es el primer muerto del *Cochrane* en la guerra.

¿Cuántos más vendrán?

¿Quiénes serán?

XI

El blindado *Cochrane* una vez más está frente a la costa de Antofagasta. Apenas amanece y la madrugada está bastante fresca.

Hay plena actividad sobre la cubierta del buque y es posible observar a una tripulación motivada.

Se percibe un objetivo en común. Uno destructivo, que canaliza el odio hacia la misión a cumplir: cazar a un buque enemigo que ha seguido haciendo de las suyas sin que nadie haya podido detenerlo.

Gracias a esa motivación, y a que quieren ser los primeros en conseguirlo, todo ha funcionado muy bien en el barco. Mejor que nunca.

En eso repara el teniente Souper en la torre de mando.

—Al menos su discurso sí prendió —dice.

El capitán Simpson mira al teniente un momento y luego niega con la cabeza.

—No sea injusto, teniente —se defiende—. Usted sabe que esas no eran mis palabras. Además, yo peleé junto a esta gente que ahora tenemos que combatir.

El teniente sonríe.

—No se me ocurriría juzgarle, capitán. Menos uno, que no ha pegado un solo tiro desde la Escuela Naval. Solo mencionaba que su discurso encendió a la tripulación.

Simpson ensombrece el rostro.

—Más encima no asistí al funeral en el mar del muchacho que falleció reparando el cable del telégrafo —musita—. Tuve esa junta del alto mando en el *Blanco* y la verdad es que ahora lo lamento bastante.

El teniente asiente.

—Un buen cabro —reflexiona—. Como tantos que tenemos. Ahora, dígame que le dijeron algo coherente en la mentada junta esta vez. Porque seguir perdiendo el tiempo, no me parece.

El capitán inspira.

—No saben qué hacer —reconoce—. Nunca lo dijeron así, pero nos están cargando el muerto a nosotros. Y nosotros seguimos sus órdenes. Entonces no sé cómo irá a seguir esto.

Souper lo mira.

—Eso significa dos cosas —dice—. O nos topamos con el *Huáscar* de cueva y lo hundimos de una vez o vamos a seguir en este baile quizá hasta cuándo.

El capitán Simpson sonríe de manera agria.

—Y eso si no nos hunden a nosotros primero. Todo el mundo habla de cazar al *Huáscar* como si fuera una presa, pero se olvidan de que ellos también tienen cañones y la misma granada que nosotros.

El teniente Souper lo mira con sorpresa.

—Grau ahora cuenta con granadas Palliser —reconoce—. El alto mando naval se había negado a reconocerlo, pero en esta reunión un agente del servicio secreto lo confirmó.

Eso hacía todo aún más peligroso. El *Huáscar* podía estar en inferioridad frente a la escuadra chilena, y en un enfrentamiento

probablemente sería derrotado, pero podía vender bastante cara su caída.

Las granadas Palliser eran la obsesión de los artilleros chilenos por alguna razón.

Que las tuviese el enemigo volvía todo más incierto.

Ni el *Cochrane* ni el *Blanco Encalada* habían recibido castigo de ese tipo y nadie sabía cómo reaccionarían.

Aunque tampoco el *Huáscar* ni la flota peruana.

Habría que enfrentarse para saberlo, por ende, y en esa situación, con tantas cosas apremiando, no tenía sentido preocuparse por el futuro.

Entonces se oye una batahola en cubierta. Por la señal de pito que realiza un marinero, alguien está siendo izado a cubierta desde un bote.

El capitán Simpson y el teniente Souper reparan en que viene engrillado, aunque se ve demasiado sonriente para ser un prisionero. El soldado de artillería de marina Hugo Salvo aterriza en cubierta.

Al verlo llegar, sus compañeros de regimiento se le acercan y lo saludan con efusividad.

Luego es el turno del contramaestre Salgado de subir a bordo del blindado. El teniente Souper y el capitán Simpson bajan de la torre de mando y caminan por la cubierta en dirección a este que, al verlos, se lleva la mano derecha a la visera de su gorra.

—Capitán —saluda—, teniente: el soldado Salvo se reintegra a la tripulación.

—Eso veo —dice Simpson—. ¿Qué pasó aquí? No creo que haya caído en manos del enemigo.

—Algo por el estilo, mi capitán —dice el soldado muy sonriente.

El contramaestre se vuelve un momento hacia Hugo Salvo, que sigue siendo saludado por sus compañeros de artillería de marina y ahora también por algunos marineros.

—La última vez que estuvimos en Antofagasta, mucha gente bajó a tierra con permiso —explica el contramaestre—. Entre ellos el soldado Salvo.

De pronto, el teniente Souper siente un arresto de vergüenza y las mejillas se le ponen coloradas, cosa que aprovecha el capitán para incomodarlo aún más con una sonrisa.

—Ayer en la tarde personal del regimiento Bulnes detuvo al soldado Salvo —continúa con el relato Salgado—. Enviaron un mensajero al *Cochrane* informando la situación y entonces me apersoné en tierra para traerlo a bordo.

El contramaestre se vuelve una vez más al soldado Salvo.

—Al momento de su detención no estaba solo, pero creo que lo mejor es que él mismo cuente la historia.

El hombre es levantado en andas por sus alegres compañeros y colocado frente al capitán y el teniente.

—Estaba con la Carlota —dice muy sonriente—. Mi capitán, mi teniente, ¡con la Carlota nos vamos a casar!

Los soldados de artillería de marina estallan de alegría gritando, enarbolando vivas y felicitando a Salvo, que disfruta del momento.

—Estaba recontento cuando nos dieron el permiso para bajar a Antofagasta —dice—. Podía estar con mi linda cantinera otra vez, y tan poco que nos habíamos podido ver por la puta guerra.

—A todos nos afecta esto que está pasando —dice el capitán—. No debe haber nadie que no extrañe a alguien aquí.

—Por lo mismo —reconoce el soldado—, cuando ordenaron zarpar

tan pronto, supe que tenía que quedarme.

—¿Y eso por? —pregunta el teniente Souper, con más curiosidad que reproche.

El soldado Salvo frunce el ceño.

—Ni idea, mi teniente —responde—. Pero algo me dijo que tenía que quedarme. Y tate, tal cual, resulta que la Carlota me dice que está esperando una guagüita.

De golpe se hace un silencio en la cubierta del *Cochrane*.

Pero un silencio diferente a otros.

Uno de vida, no de muerte.

La algarabía regresa con aún más fuerza en la tripulación del blindado y Salvo es levantado en andas otra vez.

—¡Guagüito o guagüita, no sé! —le grita al marinero Subiabre cuando lo ve entre la multitud—. Pero no es penetrante de blindaje ni va llena de pólvora como las tuyas. ¡La mía, en cambio, es de puro amor!

Anastasio Subiabre suelta una risa de locos y se une a los festejos.

—Nos casamos cuando volvamos a Antofagasta —agrega el soldado con una gran sonrisa—. Por supuesto, toda la tripulación está invitada.

El anuncio redobla la alegría y los gritos y chiflidos se reproducen a lo largo de toda la cubierta y de la procesión que lleva en andas al todavía engrillado Salvo.

El teniente Souper y el capitán Simpson se quedan algo más atrás del jolgorio y también caminan por la cubierta. Se acercan a la borda de estribor junto a un atado de cabos amarrados y los dos se quedan mirando el mar un momento.

—¿En qué cree que va a terminar todo esto, capitán? —pregunta

el teniente.

Simpson suspira.

—No lo sé, teniente. Pero entre tener que ir a bodas o a funerales, me quedo con las primeras.

XII

Una vez más, se reinicia el bloqueo del puerto peruano de Iquique por parte de la escuadra chilena.

Sin embargo, ahora algo es distinto. Nada más llegar la escuadra, fue sorprendida en la rada la cañonera peruana *Pilcomayo* que, a la primera identificación de los humos chilenos, inició la huida mar adentro. De inmediato es perseguida por la cañonera *Magallanes* y la fragata blindada *Cochrane*.

Para muchos marinos del blindado chileno, es la primera acción de combate naval contra otra embarcación, por lo tanto, el nerviosismo aumenta. El entusiasmo y el odio al enemigo son reemplazados por cierta cautela y precaución a la hora de enfrentar a un rival que ya es real y cuenta con poder de fuego.

Un proyectil disparado por la *Pilcomayo* pasa por encima del *Cochrane* y explota en el agua entre la fragata blindada y la cañonera. El penacho de agua alcanza casi los cinco metros y el estruendo del estallido, junto al retorno del agua que cae sobre la cubierta, se oye dentro de la sala de máquinas del blindado chileno.

—¡Conchetumadre! —exclama el grumete Ceferino Palma.

Está paleando carbón a una caldera cumpliendo la orden de dar la máxima velocidad para la persecución. El grumete Rovira le palmotea la espalda para darle ánimos.

—¡Vamos! —le dice—. Pa esto vinimos, ¿o no?

Palma se serena y sigue cargando carbón.

—Vamos —masculla.

El ingeniero Jones aparece y alienta a sus hombres.

—*Come on*! —arenga—. *Huáscar goes* mucha más veloz que barco *Pilcomayo*. *We need much more speed* si queremos premio mayor *Huáscar*.

El grumete Rovira se acerca a Ceferino Palma.

—Tranquilo, hueón —le dice—. Nada nos puede pasar aquí.

A continuación, besa un rosario que le dio su madre al embarcarse y pide perdón por la mentira que acaba de decir.

—*More power*! —pide el ingeniero Jones—. *It's now or never for Pilcomayo*!

En la torre de mando del *Cochrane* el ambiente no es más tranquilo. La información va y viene y el teniente Souper la procesa en la medida de lo que puede.

—¡Granada a babor! —brama alguien en cubierta

—¡Timoneles! —grita el teniente—. ¡Con todo a estribor!

Los timoneles hacen girar la rueda con brusquedad y el barco da una fuerte sacudida en la dirección del viraje. Otro proyectil de la *Pilcomayo* impacta en el océano y levanta su penacho de agua que alcanza a la oficialidad del *Cochrane*, que transmite las órdenes en cubierta.

La persecución se mantiene y el capitán Simpson observa el buque peruano con unos binoculares. Ni siquiera se inmuta por los disparos contra su nave.

—Se nos están escapando —masculla con frustración.

A su lado el teniente lo observa.

—¿Tocar generala y zafarrancho de combate, capitán? —pregunta.

Simpson vuelve a mirar a la *Pilcomayo* por los binoculares.

—No —replica—. No tiene sentido desperdiciar munición. No estamos a distancia de tiro efectivo.

El teniente enarca las cejas con sorpresa.

—Ellos nos están disparando, capitán —plantea—. Los proyectiles alcanzan a llegar y...

—Y no nos han dado ni cerca —lo corta este—. Si quieren botar sus granadas, es cosa de ellos; nosotros no haremos tal, solo mantener curso de persecución.

—¡Sí, mi capitán! —replica Souper antes de volver a dirigirse a los timoneles para ordenar mantener curso.

En cosa de dos horas, la *Pilcomayo* escapa intacta del alcance de las naves chilenas, que regresan a la bahía de Iquique para reunirse con el resto de la escuadra en el bloqueo.

Ya casi ha caído la noche y en la cubierta del *Cochrane* el ambiente está enrarecido. Hay entusiasmo luego del bautizo de fuego en el mar, con disparos del enemigo dirigidos al barco. Sin embargo, se palpa desazón por no haber disparado un solo tiro y que la presa, como considera buena parte de la marinería a las naves peruanas, huyera intacta.

Las habladurías no tardaron en aparecer en la tripulación.

Se recibieron disparos y no se hizo nada.

No se ordenó nada.

Si bien fueron tiros perdidos que no estuvieron ni cerca de dañar al buque ni a nadie, la sensación de no haber reaccionado, y por tanto la sensación de derrota, se multiplicó en todos a bordo del *Cochrane*. Por lo mismo, a nadie le sorprendió que a eso de las diez de la noche se ordenara formación general.

La cubierta del barco está iluminada por antorchas que proyectan las sombras de los palos y los cabos atados, dándole al buque un aspecto algo lúgubre. El capitán Simpson aparece en la torre de mando del barco.

—Sé que se han quejado —dice en un tono cansino—. Que no atacamos, aunque nos dispararon.

Un murmullo general se toma la cubierta.

—Para muchos es la primera acción —sigue el capitán—. Muchos no saben lo que es esto.

Los susurros aumentan, acusando los primeros ribetes de ofensa.

Para sorpresa de todos, el capitán Simpson se ríe con rabia.

—Muchos de ustedes no dimensionan en lo que estamos involucrados —insiste—. Para algunos esto no deja de ser una aventura. Y no lo es.

Mira a su tripulación.

—Ustedes no saben lo que es hacerse a la mar —agrega—. Menos aún combatir. Aquí no hay glorias, no hay heroísmos. Esto se reduce a vencer al enemigo, y en la medida de lo posible, salir vivos.

La tripulación completa ahora se mira confusa.

—Y, al parecer, no son los únicos que no entienden —sigue—. Hay otros que nos dan las órdenes y parece que tampoco saben de qué se trata esto.

La incredulidad ante las palabras del capitán hace que los hombres no sepan bien qué hacer o decir.

—Hoy fuimos un desastre —concluye el capitán—, y representa lo que somos en estos momentos como Armada.

Se eleva un reclamo solapado entre toda la tripulación. El teniente Souper se decide a intervenir.

—Capitán —dice—, creo que es un error...

—¡Error! —responde el capitán, furioso—. ¿Me viene a hablar de error? Error fue ir a huevear al Callao, cosa que costó tiempo, carbón y, por si se les olvidó, la vida del capitán Prat y de buena parte de los hombres de la *Esmeralda*.

La sola mención basta para que la tripulación guarde silencio.

El capitán Enrique Simpson asiente. Se le ve hastiado.

—Que no se les olvide que aquí no hemos ganado nada como para andar con estos aires triunfalistas —prosigue—. Al contrario, solo hemos perdido.

El barullo en la tripulación reaparece, pero ahora es distinto. Souper asiente.

—Estamos peleando una guerra —recuerda Enrique Simpson—. Mal dirigida y mal planeada, muchas veces desde la capital, pero, para desgracia nuestra, los muertos los tenemos que poner nosotros.

La tripulación del *Cochrane* guarda silencio.

—Tal vez me equivoqué hoy —reconoce el capitán—. Tal vez debimos abrir fuego al enemigo o trazar otra ruta en la persecución, no lo sé. Pero es un cagazo más en una cadena de malas decisiones que van a empezar a costar vidas si no se hace algo.

Los hombres se miran. Ven a su capitán ponerse firme.

—Pero es lo que hay y quejarse no va a arreglar nada —masculla —. Por eso quiero que sepan que estamos todos juntos en esto. Y solo juntos podremos sacarlo adelante.

El silencio en cubierta se mantiene. Más que nada, por la sorpresa de escuchar a un capitán decir lo que el suyo acaba de decir. Entonces, un extraño entusiasmo que se traduce en la necesidad de

actuar con autonomía se cierne sobre todo el personal embarcado en el *Cochrane*. Es mejor eso que interpretarlo como un abandono desde el alto mando.

—Depende de nosotros cómo esto siga—concluye el capitán Simpson—. Y no lo digo solo por la patria. También por nosotros para, en la medida de lo posible, salir vivos.

XIII

Todos duermen en la fragata blindada *Cochrane*, salvo el personal de guardia.

Entonces, y en medio de la madrugada, comienza el griterío. Los primeros alaridos llegan de la cofa, donde los vigías ven movimientos extraños en la bahía de Iquique y dan la alarma.

En principio nadie sabe muy bien lo que está pasando, pero una cosa es clara: el enemigo está cerca y hay que echar a andar las máquinas. El capitán Simpson es el primero en llegar a la torre de mando y, sin necesidad de binoculares, observa lo que sucede.

Luego aparece el teniente Souper

—¿Qué pasa, capitán? —pregunta.

Enrique Simpson solo lo mira.

—El *Huáscar*, teniente —dice—. El *Huáscar*, otra vez, en la puta bahía de Iquique. ¡A ver si ahora lo mandamos al carajo para variar un poco!

El teniente sale disparado desde la torre de mando. Se topa con un corneta al que ordena tocar generala y zafarrancho de combate, lo que termina de despertar a toda la tripulación del barco. Se vociferan maldiciones a la vez que órdenes y una inmensa vorágine de actividad invade las cubiertas del blindado.

Se reparten fusiles y munición entre la marinería, además de carga extra para las ametralladoras Nordenfelt de las cofas. En la

cubierta de cañones, los artilleros en ambas casamatas se apresuran a apilar las granadas Palliser.

Entonces, desde cubierta de la fragata blindada ven a la cañonera *Magallanes*, al mando del capitán Juan José Latorre, salir antes que nadie a la rada de Iquique a ofrecer combate al monitor peruano.

A continuación, ocurren situaciones bastante confusas. Puede verse al *Huáscar* poniendo proa al sur para huir de la bahía al notar la presencia del buque chileno. Sin embargo, de forma brusca da un viraje y retorna a la bahía, como si hubiese notado que no es un blindado, sino que el buque de Latorre el que le sale al paso.

Se produce fuego de artillería cruzado entre las dos embarcaciones y a esas alturas, con el estruendo de los disparos, todo el mundo, tanto en las naves como en el puerto, ya está despierto.

Luego de más intercambio de proyectiles sin que nadie impacte a nadie, en parte por la oscuridad existente, pero también por cierta impericia, el comandante Grau decide un cambio de táctica, lo que confirma que sabe que no combate contra un blindado, sino que contra una nave de menor entidad y a la que puede derrotar.

El *Huáscar* arremete a toda velocidad contra la cañonera *Magallanes*.

El *Cochrane* aún no está en condiciones de salir a combatir por lo que la tripulación en cubierta es testigo de lo que está pasando en la rada de Iquique.

El monitor blindado peruano intenta espolonear a la cañonera chilena. Todo el mundo teme lo peor, recordando los acontecimientos ocurridos en ese mismo lugar hace tan solo semanas. Pero esta vez no sucede nada parecido.

Bajo el brillante comando del capitán Latorre, la cañonera *Magallanes* elude con habilidad cada embestida del *Huáscar*. El blindado peruano intenta alcanzarlo una y otra vez, pero no lo consigue. Como en una especie de danza náutica, ambas naves circundan la bahía del puerto peruano en una persecución que no obtiene resultados.

Al final, cuando el *Cochrane* logra encender, calentar y darles poder a sus máquinas, sale de su fondeadero y se hace presente en la bahía. Al notar su presencia, el monitor peruano vira hacia el sur y escapa de la rada de Iquique aprovechando su velocidad.

En esta oportunidad no se intenta una persecución y, en cambio, los festejos se toman la cubierta del blindado *Cochrane*. Era la victoria que necesitaban.

Las máquinas no respondieron bien e impidieron hacerse presente de manera oportuna, de nuevo nadie disparó, pero después del encuentro anterior con la *Pilcomayo*, una acción como la de la *Magallanes* frente a nada menos que el *Huáscar*, era indispensable para terminar de componer la moral. Sobre todo, ante la poca pericia demostrada por el alto mando en la conducción de la guerra.

Había sido un triunfo de los tripulantes embarcados.

De nadie más.

Los marineros y oficiales cantan y se abrazan, tanto en el *Cochrane* como en el resto de la escuadra chilena. Todos celebran, salvo uno.

—¿Qué hueá los cholos? —se queja Ceferino Palma—. Siempre arrancan. ¡Cobardes hijos de puta!

En principio nadie repara en sus dichos, pero el marinero

Anastasio Subiabre sí alcanza a escuchar y golpea con su gorra al grumete en la cabeza.

—¿Qué hueá? —pregunta Palma—. ¿Por qué me...?

—Es todo lo contrario, grumete —dice el marinero Subiabre.

Ceferino no entiende.

—Grau no es un cobarde —dice Subiabre—. Hace esto porque su alto mando se lo ordena.

Palma se soba el lugar donde recibió el golpe.

—No hacernos frente porque está en inferioridad —agrega el marinero.

El grumete no dice nada.

—No sé si te has dado cuenta —sigue Anastasio Subiabre—, pero el *Huáscar* es lo único que detiene al Ejército chileno en su intención de avanzar hacia el norte. Los mismos milicos nos lo sacan en cara y siguen varados en Antofagasta.

—*A fucking wall* —agrega el ingeniero Jones, que aparece de pronto—. No podemos mover *troops* porque *Huáscar* hunde o *capture* transportes y hasta ahí nomás llegamos.

Ceferino Palma enarca las cejas con incredulidad.

—¿Este puto barco es lo que no deja que sigamos matando cholos más al norte? —pregunta.

Jones y el marinero Subiabre se miran.

—Eso es —contesta el segundo.

—*It's a very fast ship* —corrobora Jones—. Pero además, comandante *very clever*. *Underestimate* es sentencia muerte aquí.

Al grumete Ceferino Palma no le parece. Niega con la cabeza.

—Yo lo voy a hundir —masculla con rabia.

El ingeniero Jones sonríe con sorna.

—Toda escuadra *has been unable to get it* —explica—, ni siquiera ser artillero, pero *he's going to sink it*. Al menos tener espíritu. Ser algo.

XIV

—¿Y por qué no? —dice el soldado Hugo Salvo—. Estas cosas no pasan todos los días.

Lo dice al recibir el corto de aguardiente que le ofrecen y que se baja de un trago, para volverse hacia Carlota Rivas y darle un profundo beso ante el aplauso generalizado. Está exultante y sonriente en su uniforme de parada junto a su ahora esposa, que para sorpresa de todos no viste el tradicional traje blanco de las novias, sino que lleva su uniforme de cantinera del regimiento 3º de Línea.

Son las siete de la tarde de un jueves en el ocupado puerto de Antofagasta. Acompañando a la flamante pareja hay muchos marineros y parte de los oficiales del *Cochrane*, todos reunidos en el gran salón comedor de uno de los hoteles de la calle principal de la ciudad.

La ceremonia religiosa se llevó a cabo en la mañana en el templo parroquial frente a la plaza, lo que llamó la atención de buena parte de los efectivos del Ejército chileno apostados en la ciudad. Contó con la presencia de casi la totalidad de la tripulación del blindado, fondeado frente a las costas del puerto.

Luego vino un almuerzo en los comedores de la que fuera la prefectura boliviana hasta antes de la ocupación. Después, durante la tarde, se dio permiso general. Los marinos pasearon de local en

local, comiendo y bebiendo en celebración del matrimonio del soldado Salvo y la cantinera Rivas y, sobre todo, porque la guerra se tomaba una pausa.

Un soldado del regimiento de artillería de marina de dotación del *Cochrane* le exhibe algo al soldado Salvo que provoca que la sonrisa se le amplíe aún más.

—¡Buena, hueón! —celebra—. Tira pa acá.

El soldado le arroja por encima de la mesa primero su viejo violín y luego el desgastado arco, cosas que Salvo coge con habilidad. Carlota niega con la cabeza.

—Ya vas a empezar —le dice—. No llevamos ni un día de casados y te vas a poner a tocar esa cuestión.

—Suena celosa, soldado —interviene Anastasio Subiabre con una sonrisa retorcida—. Si la mujer se queja por un violín, es porque no estás haciendo bien la tarea.

A continuación, suelta una risa desbocada. Ahora es su esposa quien exhibe una sonrisa picarona.

—No tengo absolutamente ninguna queja sobre eso —desliza—. De hecho, puede tocar más de una cosa a la vez. Y es bastante entretenido, le diré.

Explota una carcajada general y hasta el marinero Subiabre celebra la respuesta. Salvo se limita a tocar una melodía juguetona en el violín. Luego continúa con una marcha nupcial que hace que Carlota Rivas sonría encantada.

Hugo Salvo deja su violín sobre la mesa y vuelve a besar a su esposa, gesto al que acompaña otro aplauso generalizado y los chiflidos y vivas de la marinería.

—¿Y ahora qué? —pregunta entonces el teniente Souper, que está

en otra mesa junto al capitán Simpson y varios oficiales.

La pregunta la realiza con la mejor de las intenciones: saber qué planes tiene una pareja recién casada y con un hijo en camino. Un porvenir lleno de amor y esperanzas.

Pero no para ellos.

Para ninguno.

La guerra afecta la vida de maneras particulares.

Nunca para bien.

Se produce un repentino y profundo silencio de miradas incómodas, sin saber qué hacer o decir a continuación.

Visiblemente avergonzado, el teniente mira a todos, arrepentido. El capitán Simpson asiente.

—No tiene que disculparse por nada, teniente —musita—. Usted no ha dicho nada malo. La culpa la tiene esto en lo que estamos metidos.

Carlota Rivas se une a la moción del capitán.

—No se ponga triste, teniente —le dice—. Si aquí con el cabro chico sabemos lo que nos tocó por la guerra, así que aprovechamos todo lo mejor que podemos.

—Un brindis por la pareja —interviene el capitán Simpson—. Porque serán pronto una familia. Aunque el rigor de lo que nos toca lo haga más difícil.

A pesar de sus buenas intenciones, las palabras del capitán del *Cochrane* no mejoran la situación.

Cada miembro de la tripulación piensa.

Los que tienen hijos o familia, en los suyos.

Los que no, imaginan tenerla.

Duele por igual.

Carlota Rivas carraspea, se pone de pie y levanta su copa.

—No se pongan espesos —dice, aunque con cierta emoción en la voz—. Estamos celebrando aquí.

El gentío del salón responde de manera dispersa, pero ella sigue con su copa en alto.

—Con mi cabro chico estamos formando una familia —comenta—. Eso ya es un milagro en medio de estas circunstancias. Nos pueden ir haciendo un monumento.

Lo anterior rompe el hielo y provoca nuevas risas.

—Nos conocimos a la pasada en las calles de este mismo puerto —sigue Carlota—. Y se nos dio la cosa. Es lo mejor a lo que una podría aspirar en esta guerra.

Las compañeras de Carlota en la ambulancia, que están sentadas en una mesa al otro lado del salón, por primera vez sacan la voz y celebran.

La mujer las ve y se emociona.

—Antes de conocer a mi cabro chico —musita—, ellas eran toda mi compañía. Y todavía lo son en lo nuestro, donde nos toca ver pura muerte.

Las cantineras ensombrecen el semblante. Carlota niega con la cabeza.

—Y eso que la huevada en serio todavía no empieza —agrega.

El salón completo enmudece. Carlota inspira.

—No saben el miedo que me da entregarles a mi cabro chico —confiesa—. Todas y todos estamos en lo mismo, pero a veces solo pensar en lo que puede ocurrir me paraliza.

Lo mira.

—Que me lo entreguen hecho mierda en una bolsa —concluye—.

O hecho salitre, o ahogado o lo que sea; que no pueda ser el padre que debiera ser en otras circunstancias.

Con esa frase muchos recuerdan que Carlota está embarazada.

Y hace todo aún peor. El silencio se vuelve más pesado.

—Yo sé que las guerras le quitan la familia a mucha gente y eso no es ninguna novedad —agrega—. Lo que me asusta es que esta me quite a la mía.

Se gira hacia su ahora marido, que solo la mira.

—Par de giles —le susurra ella con un dejo de tristeza—. Solo a nosotros se nos pudo ocurrir venir a conocernos así.

Durante un par de minutos el salón sigue en silencio.

Entonces, de a poco, el murmullo comienza a tomarse las diferentes mesas y retorna el ambiente de jolgorio inicial, aunque el teniente Souper todavía se ve afectado y abandona la fiesta.

Todos lo notan, aunque nadie dice nada y deciden seguir con la velada.

Aunque no sea su culpa.

Aunque no haya expresado nada malo.

Carlota siente pena por el teniente. Se sienta junto a su esposo y le pide que vaya a conversar con él. Hugo Salvo asiente y abandona el salón en busca del teniente Souper. Luego la cantinera, muy sonriente, se dirige a los invitados de su particular fiesta de matrimonio.

—¿Quién aquí es el famoso contramaestre Salgado? —pregunta.

Gritos y risas responden y muchos indican hacia una mesa más bien retirada y hacia el fondo del local. Un tímido Marcos Salgado, muy diferente a la persona a la que están acostumbrados los hombres del *Cochrane*, se cuadra y saluda.

Carlota sonríe y se pone de pie otra vez.

—Tanto que he escuchado del famoso contramaestre y por fin lo vengo a conocer —dice.

—Un gusto —responde el contramaestre—. Espero sean muy felices en su nueva familia.

Carlota da un respingo.

—En la medida de lo posible y hasta que usted se lo lleve de nuevo al mar —responde con resignación—. Pero quería conocer a la persona tras el rango, porque por lo que me ha contado Hugo, usted es clave en su barco.

De inmediato se produce otro silencio en el salón.

—Los marineros ven en usted al papá que muchos no tuvieron —sigue Carlota—. Mi cabro chico se crio solo, correteando por los cerros de Valparaíso. Usted ha sido muy importante en su vida, y estoy segura de que lo es para muchos más. Se le agradece.

Surge una ovación espontánea. Los marineros del *Cochrane* celebran a su contramaestre, visiblemente emocionado. Sin estar ajeno al momento, aunque evitando cualquier protagonismo, el capitán Simpson inspira y sonríe al ver a la tripulación de su barco.

Sabe que nada de eso va a durar y que se vienen semanas difíciles, pero se permite el pequeño lujo de disfrutar el momento.

De los pocos que concede la guerra.

XV

Para una parte importante de la tripulación de la fragata blindada *Cochrane*, esta navegación ha sido muy distinta a las que estaban acostumbrados.

Por primera vez el casco cruje con el oleaje y la lluvia y el viento caen con fuerza. Incluso con las máquinas a toda potencia el buque tiene dificultades para avanzar por la mar del sur de Chile.

Todo partió con un rumor en el servicio secreto, que creció hasta hacerse una certeza, aunque sin confirmar de manera oficial. El alto mando de la marina de guerra del Perú estaba evaluando la posibilidad de enviar naves de combate al estrecho de Magallanes con la finalidad de capturar transportes con pertrechos chilenos provenientes de Europa.

Que un navío peruano pasara de la línea de Valparaíso hacia el sur sin nadie para hacerle frente, era para preocuparse. Se decidió que al menos debía destinarse un barco para el asunto. El problema era que no había demasiadas naves disponibles.

Era necesario mantener el bloqueo de Iquique y proteger Antofagasta, todo debido a que el *Huáscar* aún seguía operativo en el Pacífico y se requerían tantas otras embarcaciones para neutralizarlo.

Apostando a desactivar aquella nueva amenaza de una vez, el alto mando naval chileno destinó una de las naves capitales de la

escuadra para la tarea. La idea era enviarla al sur para hundir cualquier embarcación enemiga con que se encontrara. Una vez tocado el estrecho, debía regresar lo más pronto posible al teatro de operaciones, esperando que su onda expansiva no se instalara en aquel territorio.

El *Cochrane* navega con proa al sur por mar abierto a la altura del seno de Reloncaví. Son las siete de la mañana y apenas aclara el día. En la torre de mando y guarnecido por un grueso chaquetón, el capitán Simpson observa a través de sus binoculares.

—Bajamos harto en el mapa —señala—. ¿Algún reporte de naves enemigas durante la noche?

El teniente Souper a su lado también observa el mar con ayuda de un catalejo.

—Ninguno, capitán.

El buque sigue balanceándose con el oleaje.

Debido a esto, el contramaestre Salgado sube con dificultad a la torre de mando y derrama buena parte del café de los jarros de latón que trae en las manos. Al llegar arriba se los entrega al teniente y al capitán.

—Buenos días —dice a continuación llevando su mano derecha a la visera de su gorra.

El teniente y el capitán devuelven el saludo y de inmediato atacan el café.

—El buque pasó buena noche a pesar del temporal, capitán —informa el contramaestre—. Solo se reporta un marinero herido.

Simpson y Souper se vuelven al contramaestre.

—¿Qué chuchas le pasó? —pregunta el capitán.

—En medio de la noche se levantó a mear —responde el

contramaestre—. Con el vaivén de la nave perdió el equilibrio en la letrina. Nada de gravedad, salvo para su orgullo.

El teniente y el capitán solo se miran y luego prosiguen con la observación del océano.

—Es otra cosa navegar por estas aguas —opina el contramaestre —. Pero usted ya las conoce bien, capitán.

Simpson asiente.

—Nos entretuvimos en su momento recorriendo las Guaitecas en la *Chacabuco* —reconoce—. Pero entonces todo era distinto, partiendo porque no estábamos en guerra.

Los tres hombres permanecen en silencio un momento. La lluvia arrecia.

—El problema de vigilar el horizonte en estas aguas —opina el teniente Souper oteando por el catalejo—, es que no hay horizonte.

El capitán niega con la cabeza y se le ve bastante hastiado.

—No sé para qué nos mandan a huevear acá —reclama—. Mientras no caiga el *Huáscar*, lo único que van a seguir haciendo es acumular gente en Antofagasta. Tenemos que ir tras Grau, no empaparnos las huevas por las puras.

El teniente y el contramaestre lo observan en silencio. Desde que empezó la guerra, el capitán Simpson ha sido bastante crítico de las órdenes del alto mando, pero en el último tiempo aquello se había vuelto más recurrente.

Aunque la torpeza de los superiores en el manejo del conflicto también había evolucionado en ese mismo sentido.

Se había hecho más recurrente.

Pensaron que la gota que rebalsaría el vaso sería la expedición al Callao que costó la vida o provocó la muerte del capitán Prat y

buena parte de la tripulación de la *Esmeralda*, pero no: siguió la misma gente a cargo y misiones como esa daban a entender que el nivel de extravío en la manera de dirigir la campaña no había disminuido. Y con el *Huáscar* saboteando a lo largo de toda la costa, incluso hasta pudo haber aumentado.

Tanto el teniente Souper como el contramaestre Salgado se habían hecho cada uno por sí mismos análoga pregunta, pero no tuvieron el valor de compartirla. Mismo pensamiento había cruzado por la mente de muchos otros oficiales y también buena parte de la marinería. ¿Qué otro evento tendría que suceder para que las cosas tomasen el curso correcto en la guerra? Y eso, si acaso ocurría alguna vez.

—¡Barco a...popa! —escuchan entonces que vocifera desaforado el vigía de la cofa del trinquete—. ¡O la hueá que sea eso que viene a popa, conchetumadre!

Alertados por el aviso, el teniente, el contramaestre y el capitán se vuelven en la torre de mando y miran hacia atrás. A medida que la nave avistada se acerca, los marineros y oficiales se van agolpando a la borda de babor. La sorpresa en sus caras es mayúscula, a tal punto que todos comienzan a vociferar galimatías y a compartir sus sensaciones más primarias ante lo que ven.

El teniente y el contramaestre se miran boquiabiertos e incluso el capitán queda visiblemente sorprendido.

A unos trescientos metros desde atrás y por el costado de babor, aparece un buque. Se acerca y los marineros comienzan a describirlo y a dar gritos producto del pánico generalizado que se toma cubierta. De unos ochenta metros de eslora, tiene sus tres palos engalanados con inmensos velámenes que cuelgan de cabos y que,

henchidos por el fuerte viento, hacen que parezca más una embarcación del pasado, cuando la navegación era solo a vela. Sobre la cubierta se ven algunas luces de antorchas y movimiento, aunque todavía está demasiado lejos como para distinguir algo más.

El buque de a poco va alcanzando al *Cochrane*, pero no da indicios de acercarse y se limita a seguir su navegación en línea recta hacia el sur. Los marineros en cubierta aúllan en un desbocado frenesí de locura ante lo que están viendo.

—¿Capitán? —balbucea un tembloroso teniente Souper.

El capitán Simpson lo mira un momento. Luego coge sus binoculares y mira al barco que ya ha alcanzado al *Cochrane*.

—Nadie puede ir tan rápido —dice entonces el contramaestre—. ¿Será por la cantidad de velas y este viento de mierda? Nosotros vamos a toda máquina y pronto nos va a dejar atrás.

—Si es que no nos ataca —plantea entonces el teniente.

—No veo que tengan intenciones de hacerlo —replica el capitán en un tono hosco y pétreo.

Le ofrece los binoculares al contramaestre al momento que el teniente dirige su catalejo hacia el extraño navío. Las luces de antorchas y el movimiento que se divisaba a la distancia no es otra cosa que una desenfrenada fiesta, en donde hombres y mujeres con ropajes elegantes bailan, cantan y se frotan en un ritual extraño, de clara índole sexual, pero que sin el contexto apropiado resulta imposible de comprender. Todo eso desespera aún más a la tripulación del *Cochrane*.

Entonces un artillero emerge desde la cubierta de cañones.

—¡Es el Caleuche! —brama desbocado—. ¡Cagamos, conchetumadre! ¡Es el barco chilote de los brujos!

Llama la atención de los demás marineros que lo miran con los ojos desorbitados.

—¡Soy de Chiloé! —chilla a continuación—. La vieja nos hacía dormir contándonos la leyenda. Es el barco que recoge a los que el mar se lleva. Si está aquí es por...

No se distingue más porque el resto de los marineros se le van encima demandando detalles de aquel buque que de pronto aparece ante ellos. El capitán, entonces, cierra los ojos, se los restriega con los dedos e inspira con fuerza mientras aprieta las mandíbulas.

—Llevamos demasiado tiempo embarcados —masculla en un tono extraño—. Desde marzo que casi lo único que hacemos es volvernos locos en los lapsos muertos entre que nos envían a un puerto o al otro. El teniente y el contramaestre lo miran atónitos.

—Pasa la cuenta —agrega en un tono seco—. Lo de volvernos tan locos.

Los tres se quedan mirando cómo el barco pronto los deja atrás navegando con elegancia.

—¡Nos dejamos de huevadas! —grita entonces el capitán—. Teniente, ordene poner proa al norte. Volvemos a Iquique.

A continuación, baja de la torre de mando y se pierde entre una todavía consternada tripulación.

XVI

El *Cochrane* navega frente a las costas de Mejillones.

La nueva fallida excursión, esta vez del blindado chileno al sur de Chile en solitario, de cierta forma pasó la cuenta.

Incluso el capitán Simpson, cuando el alto mando le requirió mayores detalles, se limitó a decir que se llegó al sur del territorio, no encontraron nada y por lo tanto no tenía sentido seguir hasta el estrecho de Magallanes.

La marinería decidió no ahondar más en el asunto tampoco, y pese a que nadie sabe bien lo que ocurrió, una vez de regreso a la costa de Antofagasta, con un clima más benigno, todos se sintieron mejor. Estaban de vuelta en la guerra, lo que ocupó a cada hombre a bordo.

—¡Barco a proa! —grita el vigía del palo de trinquete.

A todo el mundo se le puso la piel de gallina con el anuncio, aunque sabían que no podía tratarse de lo mismo.

Lo mismo que en el sur.

Desde la torre de mando, el teniente Souper escruta el despejado horizonte y no tarda en dar con el buque mencionado.

—Un carguero, capitán —informa—. De bandera italiana. No se mueve.

Junto al teniente, el capitán Simpson mira con un par de binoculares.

—Para variar, rara la huevada —expresa—. No debería estar aquí ni tampoco figura en el listado de las embarcaciones neutrales. El nombre no me suena de nada. ¿Contramaestre?

A un lado, en la torre, el contramaestre Salgado observa un momento con un catalejo y luego revisa un listado de naves de potencias neutrales, a las que el alto mando naval instruyó no agredir.

Adjunta está la orden de hundir lo que fuere sin bandera neutral. El barco que se les aparece no cabe en ninguna de las categorías. Da una significativa mirada al teniente Souper.

El capitán asiente.

—No queremos mandarnos ninguna cagada tampoco —confiesa—. Esto es de riesgo máximo, pero no queda otra porque no pretendemos empezar otra guerra. Teniente, tome un bote, vaya al barco con un contingente y averigüe lo necesario.

El teniente está por bajar de la torre de mando cuando el capitán lo toma del brazo.

—Lleve hombres competentes y de confianza —agrega—. Y con mucho cuidado. Ya hemos perdido gente y ni siquiera empezamos a trabar combate naval como se debe.

El teniente Souper asiente y le hace una seña al contramaestre Salgado, que le sigue como segundo de la expedición. En menos de diez minutos, el bote con Souper, Salgado y diez hombres de artillería de marina avanzan por el mar calmo hacia el buque sospechoso.

Uno de los integrantes del grupo es Hugo Salvo.

—Pa las hueás que nos llevan a perder el tiempo —alega—. Esto tiene que estar pelao. Y el *Huáscar* sigue dejando la cagá. Y cada

momento que pierdo en esto es uno menos junto a mi Carlota y el crío o cría que viene.

—Cierto —le responde otro soldado—. Aquí no debe haber ni una custión. Capaz que hasta esté botao el barco.

El bote llega al costado de babor del barco y se tiran cuerdas para trepar y abordarlo. El primero en subir es el teniente Souper, que avanza con un revólver en la mano y un sable en la otra. Le sigue el contramaestre Salgado con un fusil Comblain con el dedo en el gatillo cubriendo el ascenso del resto del contingente; en cinco minutos todo el personal chileno está en el barco.

Avanzan por la cubierta hasta llegar al puente de mando de la embarcación. Hay dos cadáveres y señas de lucha en el lugar.

El teniente Souper le indica al contramaestre una puerta que lleva a dependencias bajo cubierta. Salgado se acerca a ella y de ahí mismo aparece un marinero muy amistoso. Les habla en italiano. Los marinos chilenos no saben muy bien qué hacer.

El italiano, maloliente, flaco como un palo, algo encorvado, de mejillas chupadas y mirada delirante, sigue hablando, disparando sílabas de manera copiosa que los marinos chilenos entienden a retazos: «mercante», «abordados», «paz», «peruanos». La última mención enciende todas las alarmas.

Se divide el contingente de artillería de marina. La mitad se queda resguardando el puente de mando, la otra explora el barco. El teniente Souper interroga al marinero, que sigue hablando en italiano. Apunta a su rostro con el revólver.

Al parecer eso hace que de golpe el marinero adquiera la capacidad de hablar en español. Les explica que son un buque mercante italiano, que fueron abordados por piratas de nacionalidad

desconocida, que van en son de paz y que se dirigen a un puerto peruano.

Entonces se oyen los primeros tiros bajo cubierta. El teniente Souper y el contramaestre se abalanzan sobre el marinero que, de un cabezazo, intenta liberarse. El revólver del teniente cae al suelo, pero el contramaestre abre fuego con el fusil Comblain. Mientras, dos soldados del regimiento de artillería de marina traen a un compañero herido desde bajo cubierta.

Todo ocurre casi al mismo tiempo.

Un tripulante del buque salió de las sombras con un revólver.

Un breve forcejeo provocó un intercambio de disparos.

El tripulante murió casi de inmediato.

Sin embargo, alcanzó a hacer fuego sobre uno de los soldados de artillería de marina: Hugo Salvo.

A toda carrera es transportado desde la cubierta del buque de bandera italiana al bote y luego a la fragata blindada chilena. Sin embargo, cuando llega a la cubierta del *Cochrane*, ya está muerto.

Aquello desató la furia en la tripulación.

Una vez que el bote es enviado de regreso al barco, y cuando todo el contingente del blindado chileno está de regreso, sin revisar si había más gente a bordo, el buque italiano es bombardeado con saña y hundido en menos de cinco minutos por los artilleros.

Ya solo queda especular.

Puede que se tratara de traficantes de chinos culíes, de frecuente empleo como esclavos en las estancias azucareras del Perú. Por supuesto, las bodegas podían haber estado llenas de estos cautivos, sin considerar el resto de la tripulación, pero nadie se tomó la molestia de verificar.

Dos días después, el capitán Simpson en persona viaja a Antofagasta para darle la noticia de la muerte del soldado Salvo a Carlota Rivas. Nadie supo si eso tuvo algo que ver, pero a la semana la mujer perdió a la criatura que esperaba.

Se retiró del servicio de cantineras del Ejército y nadie supo más de ella.

La guerra afecta la vida de maneras particulares.

Nunca para bien.

XVII

La tripulación del *Cochrane* estaba llena de dudas y se preguntaba si el panorama podía empeorar, una pregunta que de seguro también se hacían en el resto de las naves. Y la respuesta era sí: por supuesto que podían venir cosas peores para la escuadra chilena.

Miguel Grau se enteró por *El Mercurio de Valparaíso* del zarpe del transporte *Rímac* desde el puerto principal chileno. Cuando se hallaba a la altura de Caldera lo capturó sin mayores problemas, dándole más quebraderos de cabeza al alto mando naval chileno.

Más allá del barco mismo, que ya era valioso, a bordo era transportado el regimiento de caballería Carabineros de Yungay, que caía prisionero en manos del enemigo junto a caballares, equipo y armas. Ante semejante descalabro, la situación ahora sí ya no daba para más.

Al saberse la noticia en Santiago, hubo incluso incidentes y disturbios afuera del edificio del Congreso Nacional debido al mal manejo de la guerra por parte de los distintos altos mandos. Con toda esa batahola, por fin se produjeron cambios.

El almirante Juan Williams Rebolledo renuncia al mando de la escuadra chilena. En su reemplazo asume el capitán de navío Galvarino Riveros, quien sube a la cubierta del *Cochrane*.

El marinero a cargo de las señales de pito se confunde un poco. Realiza una en particular que llama la atención.

—¡Comodoro en cubierta! —anuncia.

Con sorpresa lo reciben el teniente Souper y el contramaestre Salgado. El marinero vuelve a hacer sonar el pito.

—¡Capitanes en cubierta! —informa.

A continuación, Simpson junto a otro oficial del mismo rango pisan cubierta del blindado chileno. El primero debió ausentarse del blindado durante los últimos días, asumiendo el mando de manera provisoria el teniente Souper, quien saluda primero al nuevo jefe de la escuadra chilena y luego a los otros dos capitanes.

—Bienvenido a bordo del *Cochrane*, comodoro Riveros —saluda con solemnidad.

Galvarino Riveros es un individuo enjuto y de piel algo ajada, de cerca de cincuenta años. Tiene el cabello negro y ya algo canoso, bien peinado con una raya a un costado de la cabeza, el rostro chupado, bigote frondoso y ojos de expresión astuta. Lleva el uniforme azul de capitán de la armada sin mayores distinciones. Sonríe con malicia.

—Que les gustan estas leseras a los viejujos en la Armada —dice —. Eso de cuadrarse y saludarse tanto que parece que estuvieran bailando... Después se los pegan a los más cabros. Descanse, teniente.

El comodoro saluda al contramaestre Salgado, quien le devuelve el gesto.

—Tiene su buque impecable, contramaestre —señala Galvarino Riveros—. Lo felicito.

—Muchas gracias, comodoro —responde—. Siempre tratamos de tenerlo así, aunque ni que hubiéramos sabido que venía el nuevo jefe de la escuadra.

—¿A qué debemos el honor? —pregunta a continuación el teniente, también bastante extrañado.

—Después de la cagadita con el *Rímac* hubo hartos remezones en los mandos —explica el capitán Simpson—. Con la salida de Williams Rebolledo se fueron hartos más y quedaron puestos vacantes. Eso explica en parte la presencia aquí del capitán Juan José Latorre.

El oficial aludido había permanecido en silencio, en actitud reservada y de observación. Tiene poco más de treinta años, contextura recia, el cabello oscuro peinado con cuidado, un rostro lleno con una incipiente y algo irregular barba, mirada de ojos serenos y el aspecto de alguien bastante mesurado en todos los aspectos de la vida.

Saluda con un gesto elegante y silente al teniente y al contramaestre. Enrique Simpson lo mira y sonríe.

—Como este es mi barco —dice—, supongo que la noticia la tengo que dar yo: el capitán Latorre deja la cañonera *Magallanes* y asume desde hoy el mando del *Cochrane*, puesto que hoy mismo dejo. El comodoro Riveros vino por los protocolos de cambio de mando.

Tanto el teniente Souper como el contramaestre Salgado quedan petrificados y con expresión desencajada.

—¿Qué ha dicho, capitán? —pregunta el teniente con incredulidad.

—¿Qué es eso de que se va, capitán? —agrega el contramaestre.

Enrique Simpson y Juan José Latorre se miran y sonríen.

—No exageraba, Simpson —dice Juan José Latorre—. Una excelente tripulación. Y bastante fiel. Me los voy a tener que ganar, parece.

—Es buena oficialidad y gente de mar —responde Simpson con

evidente orgullo—. Y me voy por lo que les decía de los puestos vacantes. Me uno al Estado Mayor del comodoro Riveros.

El comodoro asiente.

—Necesitamos gente competente —señala—. Y no estoy diciendo que Juan Williams no lo fuera, pero estaba rodeado de imbéciles burócratas que nunca se han siquiera mojado las patas.

El teniente y el contramaestre se sorprenden un poco de escuchar hablar así al nuevo jefe de la escuadra. El comodoro no se da por aludido.

—A Juan lo tenían harto y estaba cansado —sigue—. Por eso me recomendó a mí: un chilote pobre que no tiene nada que ver con monos. Se les cayó el peluquín a varios en Valparaíso cuando supieron que un simple capitán de navío tomaba el mando de la huevada.

Enrique Simpson suelta una risita.

—Así que vamos a parar el escándalo —dice Riveros—. No podemos seguir esperando para sacar a Grau y a su *Huáscar* de circulación. Ahora vamos a hacerlo en serio.

—¿O sea que antes se estaba haciendo en broma? —plantea Juan José Latorre.

Enrique Simpson suelta una carcajada y el comodoro Riveros también sonríe.

—Algo así, capitán Latorre —responde—. No más lauchas capitalinas que no saben ni lavarse el culo. No les queda otra que agachar el moño después de la cagada que se mandaron con el *Rímac*. Ahora nos vamos por el todo o nada.

—¿Cómo así? —pregunta el contramaestre.

—Se viene la operación naval definitiva para acabar con el *Huáscar*

—explica Galvarino Riveros—. Las naves de la escuadra vuelven a Valparaíso para una mantención en profundidad. Limpieza de fondos, tubos de caldera, revisión de armamento; todo.

El teniente Souper y el contramaestre se miran.

—Hecho eso —agrega el comodoro—, con los barcos a toda su capacidad, vamos a terminar esto de una vez.

El todo o nada.

De pronto se hace un silencio entre los oficiales.

—Será toda la escuadra contra un solo barco —desliza Juan José Latorre—. Si así no somos capaces de detener al *Huáscar*, mejor nos vamos para la casa.

XVIII

Aquellos días fueron extraños para la tripulación de la fragata blindada *Cochrane*.

El querido capitán Simpson dejaba el mando de la nave, situación que apenó a muchos por ser un líder competente en lo naval y cercano en lo humano. Por otro lado, se recibía a un nuevo capitán que también era un excelente elemento. Se había hecho un nombre en la Armada luego de enfrentarse al *Huáscar* con la cañonera *Magallanes* en la bahía de Iquique, en aquel combate naval nocturno que pudo haber terminado en desastre, pero que gracias a su firme mando hizo huir al monitor peruano ante la llegada del *Cochrane*.

De un estilo muy distinto a Simpson, más minucioso y apegado al reglamento, la tripulación completa debió adaptarse a otra forma de trabajo, para lo cual sirvió el viaje de regreso a Valparaíso.

Fondeando en la rada del puerto principal, las cosas ya funcionaban a bordo del blindado, en buena parte porque todos sabían lo que tenían que hacer y Juan José Latorre tampoco se mostró interesado en imponer grandes cambios. Y además estuvo lo otro: cuando el puerto y sus cerros cuajados de casuchas fueron visibles desde la cubierta del *Cochrane*, a todo el mundo le entró una emoción tremenda.

Habían pasado meses embarcados y era la primera vez que volvían a casa.

Los trabajos de mantención del buque durarían a lo menos un par de semanas, por lo que se concedió permiso general a casi toda la tripulación, que muchos aprovecharon para visitar a sus familias, novias y amigos tanto en Valparaíso como en Santiago, o incluso en lugares más lejanos. Por primera vez había tiempo de hacer tierra con calma y sin la presión de tener que zarpar de inmediato a alguna misión.

Pero eso no fue lo mejor: el desembarco coincidió con la celebración de las fiestas patrias. Un puerto engalanado de guirnaldas, banderas y adornos recibió a la tripulación, que llegaba justo en el delicioso inicio de una primavera de días soleados, viento fresco y gratas tardes.

Lo disfrutan Ceferino Palma, Sebastián Rovira y el ingeniero Jones, quienes caminan por el centro de la ciudad, de pronto liberados en tierra, entre elegantes tiendas e imponentes edificios de bancos y compañías europeas. Son las siete de la tarde y el sol todavía brilla en el firmamento, aunque ha comenzado a correr bastante viento. Jones mira la ciudad, encantado.

—*It's been a long time* —dice—. La primera vez estar Valparaíso quedar maravillado.

—¿Habíai estado aquí antes? —pregunta Ceferino Palma rascándose la cabeza—. Yo nunca salí de Santiago y solo vi esto cuando nos fuimos pal norte.

—Oye —lo reprende Sebastián Rovira—, más cuidado con cómo le hablas al ingeniero.

Palma hace un gesto despectivo con la mano.

—Bah —se defiende—, si ahora no estamos na embarcaos. Todo porque voh soi de acá. ¿Fuiste a ver a tus taitas?

—Sí —contesta Rovira—. A mi mamá, en realidad. Mi papá se quedó en el norte, en la *Abtao*. No todas las naves bajaron para las reparaciones y a algunas se las van a hacer allá.

Ceferino Palma se queda serio.

—Tener familia es un cacho —dice con la vista perdida—. Por suerte yo no tuve que ir a ver a nadien.

El ingeniero Jones y el grumete Rovira solo se miran.

—Algo parecido —dice entonces el ingeniero—. A lo que contar tú. Vine antes, *when sign* contrato Armada chilena.

—¿Contrato? —pregunta Rovira.

—*Yes* —replica Jones—. *Me* ser ingeniero profesional.

—¿O sea que esto pa ti es un trabajo nomás? —inquiere Ceferino Palma.

Jones guarda silencio un momento. Vuelve a sonreír, pero ahora sin alegría.

—Ser trabajo —reconoce—. Y como les decía, si salir *alive* pagar *good money*. *But after* lo vivido con todos ustedes *aboard the Cochrane*, involucrar sentimientos *with people*.

Inspira.

—Cariño —concluye.

Los tres se quedan un momento en silencio.

—Impresionante eso —reconoce entonces Sebastián Rovira.

—*What*? —pregunta el ingeniero Jones.

—Que optando por este camino fácil —musita—, de arreglar las cosas con violencia como pasa en la guerra, igual se generan afectos. Supongo que es la humanidad que pesa más que nuestra tendencia a matarnos.

Ve que Ceferino Palma y el ingeniero Jones lo quedan mirando.

Ninguno de los dos parece muy convencido, pero no dicen nada.

Un par de calles más cerca del sector del puerto, marineros de distintas tripulaciones de la Armada repletan una sucia taberna. Los parroquianos habituales han sido desplazados por el contingente de los barcos y eso no les hace ninguna gracia. Un viejo borracho se pone a vociferar contra la marina y lo mal que ha llevado la guerra. De pronto, sin darse cuenta, tiene al marinero Anastasio Subiabre a un lado. Ve que le pone un corvo justo en la entrepierna.

—Cuidado o te dejo hablando como pito, mi amor —le susurra—. Los que no le achuntan son los jefes. Nosotros hacemos lo nuestro, pescadito.

Un poco más al fondo, sentados en una mesa, el teniente Souper y el contramaestre Salgado le dan el bajo a un par de botellas de cerveza.

El ambiente es caótico. Se oyen risotadas, maldiciones y gritos por todos lados; hay humo de tabaco y suenan distintas cuecas, tonadas y canciones con guitarras y otros instrumentos acompañando el canto en las distintas mesas y la barra del local.

—¿Qué le pasa, teniente? —pregunta el contramaestre—. Lo noto un poco extraño.

El teniente Souper asiente mirando las burbujas del vaso de cerveza que tiene delante.

—Ahora se va a poner fea la cosa —musita.

—¿Tiene miedo?

El teniente niega con la cabeza.

—No es eso —explica—. O sea, es normal tener miedo al combate, pero el entrenamiento ayuda a pasarlo por alto. Es solo que...

—¿Qué? —pregunta el contramaestre.

—Son el enemigo —dice el teniente—. Y no tengo ninguna duda de mi lealtad a la causa, pero ¿qué tal si todo esto trae más mal que bien?

El contramaestre no dice nada.

—De acuerdo —sigue—, si se gana la guerra se pueden anexar territorios muy ricos, pero vamos a seguir siendo vecinos de esta misma gente con la que nos estamos matando. No olvidemos que antes que nada, somos eso: gente.

Personas.

—No tiene que explicarme nada, teniente —musita el contramaestre—. Acuérdese de que yo peleé junto a estos marineros. Imagínese ahora tener que dispararles.

Era un pesar que lo había acompañado a lo largo de toda la campaña y había agradecido desde el fondo de su alma el que no se hubiera trabado combate todavía con alguna nave de la marina de guerra del Perú.

Pero eso se había acabado.

Con el cambio en la jefatura naval por elementos más decididos y resueltos, el enfrentamiento llegaría pronto.

Y él ya no se cuestiona si será capaz de empuñar las armas contra los antiguos camaradas.

Su sentido del deber, sulfurado ahora por el rigor de la campaña, es más fuerte. Las nuevas aprensiones van más por lo que le estaba planteando el teniente. Cuánto daño le causará tener que hacerlo.

—Imagínese —dice—, yo recogí a marineros peruanos moribundos de cubierta de un buque. Al final nunca supe qué pasó con ellos. ¿Me ve ahora matándolos? ¿Dónde queda mi honor de marino?

El teniente frunce el ceño.

—En la guerra no hay honor —continúa—. Es sentido del deber como mucho, o deseos de sobrevivir más que nada.

Niega con la cabeza.

—Si al final todos queremos volver vivos de esto —concluye—. Aunque cueste, bueno... lo que cueste.

En el cuartel general de la Armada chilena ubicado en el mismo puerto, se discuten cosas similares. Juan José Latorre, Enrique Simpson y Galvarino Riveros están en una elegante sala de reuniones junto a una mesa de caoba con mapas del teatro de operaciones.

—Al menos hay puesta en escena como de querer ganar la guerra —dice el capitán Latorre.

—Y eso —corta Riveros—. Bien, señores. Empecemos a planear cómo llevar a cabo esto.

Revisan los mapas en silencio unos minutos.

—Hay que cortarle la retirada al *Huáscar* —dice Simpson—. Grau siempre nos hace la misma.

—Porque es astuto —replica Riveros—. Conoce la velocidad de su barco y sabe qué atacar.

—¿Y si lo tentamos? —propone Simpson—. Poner algún barco que haga de cebo para caerle encima.

Galvarino Riveros niega con la cabeza.

—Grau no caería en una trampa tan burda —dice—. Por desgracia, esto tendrá que ser a palos nomás. Es lo que requiere un enemigo tan capaz y peligroso.

Durante unos minutos nadie dice nada y se vuelve al estudio de los mapas. Juan José Latorre asiente.

—Nos estamos dando vueltas innecesarias —afirma—. La solución es mucho más simple.

Los otros dos comandantes lo quedan mirando.

—Explíquese —pide Galvarino Riveros.

Latorre se acerca al mapa y observa.

—La geografía nos beneficia, comodoro —dice—. Mire estas puntas en el mapa.

Se refiere a Angamos y Tetas.

—Son salientes del terreno al océano —continúa el capitán Latorre —. Si el *Huáscar* navega siguiendo la línea de la costa para bombardear puertos, por ejemplo, esto lo empuja al oeste.

Riveros asiente.

—Así, podemos forzar a un combate en alta mar con lo mejor que tenemos en la escuadra —propone Latorre.

Simpson y Riveros miran el mapa.

También parecen de acuerdo.

—No es para nada una mala idea —dice Enrique Simpson—. Pero podría escaparse por el espacio que deja el mar abierto. Con lo rápido que es ese barco y...

—Y arranca cuando puede —insiste Juan José Latorre—. Tendría más espacio, pero en alta mar también es más fácil poner un abanico de embarcaciones.

Ve que los otros dos oficiales lo observan.

—Podríamos ofrecer hasta seis naves contra una —insiste—. Tres por el norte y tres por el sur para encerrarlo.

Simpson y Riveros se miran de reojo.

—Es una táctica muy básica —reconoce el capitán Latorre—, pero

nos lo permite la superioridad que tenemos. Sugiero que la aprovechemos.

—No va a ser para nada un combate justo —opina el capitán Simpson.

—Nada lo es en la guerra —cierra el comodoro Riveros.

XIX

Toda la escuadra chilena se reúne frente a Mejillones. La sensación de que se acerca la batalla final es generalizada. Estamos a fines de septiembre de 1879.

Las tripulaciones intercambian conceptos en medio de aguas ocupadas por casi la totalidad de las embarcaciones a disposición. Se trata de los transportes *Matías Cousiño*, *Toltén*, *Huanay*, *Paquete de Maule*, *Santa Lucía* y *Limarí*, además de todas las naves de combate.

La junta se desarrolla en la sala de mapas del blindado *Blanco Encalada*, buque insignia de la escuadra. Se encuentran presentes la totalidad de los mandos de los barcos.

El comodoro Riveros lidera la reunión frente a una mesa con un gran mapa del teatro de operaciones desplegado.

—Por fin estamos todos —dice—. Es hora de llevar a cabo lo que nos ocupa desde hace meses: la neutralización del *Huáscar*. Solo así el Ejército dejará de juntar tierra en Antofagasta.

El contramaestre del *Cochrane* está de pie junto al teniente Souper.

—Ya era tiempo —afirma este—. Veremos qué sale de esto.

—Veremos —dice el contramaestre Salgado, luchando con su propia historia todavía.

Galvarino Riveros es claro.

—El plan es simple —retoma—. Una red de tres barcos por lado.

Norte y sur. La idea es envolver a Grau para que no pueda huir esta vez. Capitán Simpson, continúe.

Enrique Simpson toma el relevo.

—La intención es dividir lo que tenemos en dos —explica—. La primera división estará a cargo del propio comodoro Riveros, con la fragata blindada *Blanco Encalada*, la goleta *Covadonga* y el vapor *Matías Cousiño*.

Se produce un barullo.

—La segunda irá a cargo del capitán Latorre y estará integrada por el blindado *Cochrane*, la corbeta *O'Higgins* y el vapor *Loa*.

Por un momento mira a Galvarino Riveros.

—La idea es cerrar la tenaza —prosigue Simpson—. Una división, la del comodoro, irá pegada a la costa. La otra, navegará a veinte millas de tierra.

El plan es recibido con opiniones divergentes.

—¿Y si aún así se arranca? —plantea un capitán—. No es la primera vez que nos deja con los crespos hechos.

—La idea es que eso no suceda —responde Simpson—. Por eso las dos divisiones. Harían una suerte de cortina en el mar cubriendo todos los flancos.

—Incluso así —insiste otro capitán—. Ya nos ha hecho hacer el ridículo lo suficiente como para caer en lo mismo, ahora a gran escala.

Otros oficiales vociferan tratando de imponer su punto de vista. Galvarino Riveros golpea la mesa con vehemencia.

—¿Y qué esperaban? —reclama—. ¿Felicitaciones? Estamos hablando de un barco. ¡Un puto barco! Y nos tiene de cabeza. A toda una puta escuadra.

Todos los capitanes se miran.

—El plan de captura involucra a lo menos seis naves de combate —agrega Simpson—. Todas contra una. Esta vez no va a fallar.

Las quejas se vuelven más agresivas, pero Galvarino Riveros no lo deja pasar.

—¡Corten su hueveo! —masculla—. Con Juan a lo mejor este bravuconeo les servía. ¡Ya no, conchetumadre! ¡Muevan la raja o tengan la dignidad de morir en combate al menos!

Los capitanes en la sala de mapas del *Blanco Encalada* quedan petrificados. El comodoro Riveros niega con la cabeza.

—Grau está solo —dice—. Ni su gobierno lo apoya. ¿Y ustedes hueveando con que no quieren hacer el ridículo de nuevo? ¡Muevan la raja, y al que no le parece se va nadando al Callao!

XX

Son las siete y quince de la mañana del ocho de octubre de 1879. Luego de las jornadas de preparación, reaprovisionamiento y puesta a punto de los buques para la operación planeada, esta por fin es llevada a cabo.

Comenzó casi a medianoche del día anterior.

La primera división, al mando del comodoro Galvarino Riveros en el blindado *Blanco Encalada*, salió de Mejillones navegando muy cerca de la costa en dirección al sur. Una hora después, la segunda división, comandada por Juan José Latorre y con el *Cochrane* a la cabeza, puso proa al oeste y se internó mar adentro.

Alcanzado el punto indicado en el plan, comenzó la navegación con rumbo al sur.

Durante la noche todo estuvo en calma. Hasta las siete y quince de la mañana.

El vigía de la cofa del palo de trinquete de la fragata blindada *Cochrane* empieza a dar voces, fuera de sí.

—¡Humo al sur! ¡Un humo al sur!

Si bien se esperaba la presencia de dos naves, el *Huáscar* y la *Unión*, lo más probable es que esta última haya huido por orden de Grau aprovechando su velocidad, lo que era un aliciente de buenas noticias para la escuadra chilena. Porque si el comandante peruano ordenó eso, es por haber visualizado una amenaza, la que se vio

materializada en la primera división del comodoro Riveros que dio con ellos y empezó a perseguirlos.

El vigía de la cofa vuelve a sobresaltarse.

—¡Más humos! —exclama—. ¡Otros tres humos más al sur!

Es la confirmación: la escuadra chilena ha encerrado por fin al *Huáscar*.

El capitán Juan José Latorre observa el horizonte con binoculares desde la torre de mando del *Cochrane*. A su lado el teniente Souper hace lo propio con un catalejo.

—¿Qué opina, teniente? Usted lleva más en este barco que yo. ¿Estaremos por fin cumpliendo con el objetivo?

Souper da una furtiva mirada a su comandante. Piensa que él debería tener esa respuesta, pero no dice nada.

—El enemigo está cercado como nunca, capitán —reconoce—. Lo que pase de aquí en adelante depende de nosotros. De todos nosotros.

Juan José Latorre mira a su teniente primero y sonríe.

—Concuerdo plenamente —dice—. Espero tenerlo junto a mí para las decisiones que vienen.

El teniente se cuadra.

—Comuníquese por señales con la *O'Higgins* y el *Loa* —ordena el capitán Latorre volviendo a los binoculares—. Envíelos tras la *Unión*, que no debe ir tan lejos.

Se vuelve hacia el teniente Souper una vez más.

—Y ordene tocar generala y zafarrancho de combate —concluye.

—*More power*! —exige el ingeniero Jones—. ¡Más carbón! *We*

have it on sight, pero si ustedes no aplican *strength*, va a arrancar *as always*.

En la sala de máquinas del blindado *Cochrane,* la actividad se volvió febril cuando se supo del avistamiento del *Huáscar*.

Ceferino Palma y Sebastián Rovira entienden lo determinante de su función. Más allá de lo que les diga el ingeniero Jones, saben que la velocidad que alcance el buque se ha vuelto crucial con el nuevo panorama.

Palean sin pausa, aunque el más entusiasmado es Ceferino Palma.

—¡Pónganme a los cholos aquí! —vocifera—. Los mato como moscas. ¡Yo solito hundo al *Huáscar*!

Sebastián Rovira se vuelve hacia él un momento. Percibe algo en su voz que no había percibido antes. Vuelve a palear, aunque sin dejar de mirarlo.

—Nadie te va a botar de este barco —dice—. No tienes que mostrarte más chileno que nadie odiando así a los peruanos.¿No ves que estamos todos en lo mismo?

Palma dibuja una sonrisa desencajada.

—¿Y si ganan ellos? La guerra, digo. Al final me di cuenta de que los odio a todos por igual. Y me lo tienen que respetar por lo que me han regalao en esta perra vida.

Sebastián Rovira no dice nada. Ceferino Palma asiente.

A continuación, deja tirada la pala y sale corriendo a través del pasillo central de la sala de máquinas y sube por la escalera en dirección a cubiertas superiores del barco.

—¿Adónde chucha vas? —alcanza a escucharle a un confundido Sebastián Rovira entre los alaridos y las órdenes de mando que vuelan producto del combate.

Ceferino Palma solo sigue corriendo.

—¿Vieron que solo tiene el palo mayor y el de mesana? —interviene Anastasio Subiabre.

Está en la casamata de estribor del *Cochrane*, en el cañón del centro junto a los demás artilleros. Echa otra mirada por la escotilla haciéndose visera para el sol con una mano.

—Dicen que Grau ordenó sacar el trinquete porque le entorpecía la torreta de cañones —señala con auténtica admiración—. ¡Eso es tomar decisiones!

Son las nueve quince de la mañana. En las casamatas de artillería hace un par de horas que hay actividad. En cuanto se supo que el *Huáscar* por fin había sido detectado, las granadas Palliser fueron puestas en la cubierta de cañones. Aunque saben que Grau cuenta con la misma munición, es tanto el entusiasmo que ese dato es olvidado por un momento.

Se oye a lo lejos una detonación.

Es justamente una granada Palliser disparada desde el *Huáscar*.

Luego de unos segundos en que suena un suave silbido, impacta de lleno y queda incrustada en el blindaje de la casamata de estribor del *Cochrane* y deja a todos los marineros paralizados por unos instantes. Solo se limitan a mirarse, mudos del terror. No saben si la granada quedó sorda o si va a explotar clavada en el blindaje. Se produce un delirante griterío y nadie sabe bien qué hacer.

Entonces es Anastasio Subiabre quien toma la decisión. Asido de las palancas del cañón del centro, comienza a darle patadas a la punta del proyectil que aflora dentro de la casamata para empujarlo hacia afuera y arrojarlo al agua.

Los demás artilleros lo miran atónitos.

Si la cosa explota, por lo bajo perdería las dos piernas.

Al final, el marinero Subiabre consigue soltar de a poco la granada, ahora ayudado por otros artilleros que la empujan con palos y herramientas. Por fin acaba cayendo por el lado de estribor de la fragata blindada y se hunde en el mar.

Por un momento los artilleros jadeantes solo se miran. Ven que el impacto dejó una abertura en el blindaje del barco dejando además a la vista las placas de madera de teca que están bajo la coraza de acero.

—¡Conchetumadre! —dice entonces el marinero Subiabre con una mueca desencajada en el rostro—. Parece que esta hueá sí era tan dura como nos la vendieron. O solo tuvimos cuea.

Los demás artilleros se ríen de manera nerviosa.

—¡Vamos, hijos de puta! —ruge a continuación Subiabre con una risa desbocada—. ¡A ponerse vivos!

Enseguida, todos los artilleros se abocan de manera frenética a cargar sus cañones. Subiabre se agacha y le da un beso a una granada.

—Vamos a tirarles nuestras guagüitas de vuelta —propone—. A ver qué pasa ahora.

Un susto del demonio le hace dar un brinco y soltar un alarido cuando se vuelve. El grumete Ceferino Palma está de pie junto a él, mirándolo. Entre toda la febril actividad parece como trasplantado de otra realidad, de otra escena, de otra vida.

—¿Y voh qué chucha haces acá? —le pregunta.

Antes de esperar respuesta coge su gorra y va a golpear al grumete, pero este se mueve con agilidad y lo evita con una finta.

Con creciente asombro tanto suyo como ahora de los demás

artilleros, Anastasio Subiabre ve a Ceferino Palma manipular el cañón delantero de la casamata de estribor del *Cochrane*.

—¿Qué chucha...? —balbucea.

Ceferino parece tan concentrado como resuelto.

—Yo voy a hundir al *Huáscar* —masculla—. Me lo tienen que respetar.

De inmediato un par de artilleros intentan atraparlo, pero los elude y consigue volver al cañón.

—Peruanos, chilenos, ballenas, tortugas —sigue—. En esta perra vida.Todos por igual.

El contramaestre Salgado está en la borda de estribor del barco con su sable desenvainado. Comanda a un piquete de soldados de artillería de marina que, parapetados tras placas de blindaje, disparan sus fusiles Comblain aprovechando la momentánea cercanía del *Huáscar*, que intenta dejarlos atrás y a la vez contesta el fuego con fiereza.

Se oye el repiqueteo metálico e irregular de varios tiros impactando en la coraza del *Cochrane* a medida que la distancia entre ambos navíos se acorta un poco más.

—¿Cuándo chucha van a disparar los putos cañones? —se queja un soldado.

El contramaestre lo mira un momento. Es lo mismo que lleva preguntándose hace ya varios minutos, aunque ha evitado hacerlo todo lo que le resulta posible.

Entonces escruta el rostro del soldado. Se fija también en los demás. Sus facciones se ven tensas, demudadas, cargadas de miedo, de odio.

La guerra en toda su expresión.

Niega con la cabeza de manera casi imperceptible.

—¡Al carajo los cañones! —vocifera a continuación—. ¡Concentrados en lo nuestro y mejorar las punterías, mierda!

Da una nueva orden de fuego con el sable. El ruido y el humo de las descargas lo sobresaltan a tal punto que se siente algo sobrepasado.

Solo recurriendo a su experiencia de años de marino consigue calmarse y reponerse para lo que viene.

Da otra mirada al monitor *Huáscar*.

Sabía que el momento iba a llegar, pero eso no quiere decir que le resulte menos doloroso.

—Les pegamos —dice el capitán Latorre en la torre de mando de la fragata blindada *Cochrane*—. Después de comernos esa granada suya, parece que los artilleros se motivaron.

Observa el curso del combate con los binoculares. Souper hace lo propio con ayuda de su catalejo.

—Menos mal que no reventó la huevada esa. Capitán, diría que los dejamos sin gobierno. Parece que están dando vueltas en círculos.

El capitán Latorre sigue mirando por los binoculares.

—Así parece —contesta.

Souper inspira con cierta ilusión.

—Tal vez con eso se rindan —sopesa—. Así terminamos todo esto con menos gente muerta.

Juan José Latorre baja los binoculares y mira al teniente.

—No —responde—. No lo harán. El comandante Grau jamás haría eso. El *Huáscar* sigue dando pelea y ahora ha conseguido aumentar

la distancia con los buques de la Armada chilena. En el *Cochrane* tampoco aflojan en la persecución y, por lo mismo, ha sido necesario tomar algunas medidas.

Además de quienes ya estaban encargados de eso y la totalidad de los soldados de artillería de marina, se han formado piquetes adicionales de improvisados fusileros para hacer fuego sobre el blindado peruano. Es tanta la necesidad de su captura que cualquier par de manos capaces de tomar un arma son útiles. Al menos esa es la sensación que flota en el aire.

Al correrse la voz de que ha quedado con daños en su dirección, los esfuerzos se concentran más en dispararle que en mantener la velocidad de persecución. Se sumaron fogoneros, carboneros, cocineros, mozos y todo el personal que no fuera estrictamente necesario para mantener al *Cochrane* navegando como está. Algo que de inmediato acarrea sus problemas.

—¡Qué es eso de que nunca ha disparado un fusil! —objeta un desesperado sargento de artillería de marina.

Tiene la cara roja y la voz lacerada de tanto gritar. A su lado, un tembloroso Sebastián Rovira con un fusil Comblain en las manos intenta recordar el entrenamiento más básico.

—Soy fogonero —se excusa—. Lo que sé es palear carbón y manejar las calderas. Es lo que he hecho toda la guerra y...

El sargento le da un furibundo manotazo en la cabeza.

—¡Usted es un marino de la Armada chilena! —le espeta—. ¡Matar o morir, carajo!

Sebastián Rovira toma el fusil con ambas manos y aprieta las mandíbulas.

—¿Qué sentido tiene? —musita.

El piquete dispara una nueva andanada y de inmediato recarga las armas. Casi al unísono suena el ulular de una granada disparada por el *Huáscar*, que pasa justo por encima del blindado chileno, hace que todos se cubran de manera instintiva y estalla un par de metros más atrás levantando un grueso penacho de agua.

Cuando los fusileros se ubican otra vez, el sargento va directo en busca de Rovira.

—¿Muy brusco todo para el señorito? —le dice en tono burlón—. Si yo conozco a los hueones como voh. Hijitos de papá que creen que los barcos son de paseo.

Se oye el zumbido de otra granada del monitor peruano, pero esta vez nadie se cubre.

—¡Cargar y disparar como hombre! —insiste el sargento, cogiendo a Sebastián del uniforme—. A menos que seai del enemigo.

Sebastián mira hacia el *Huáscar* que navega casi en paralelo.

—¿Qué sentido tiene? —insiste—. Está demasiado lejos y además...

Recibe otro manotazo del sargento, esta vez en una mejilla.

—¡Nadie preguntó, marinero! —exclama el sargento, que vuelve a zamarrearlo—. Solo haz la huevada que te dicen y ya.

Sebastián levanta la mirada, aunque el sol lo ciega.

—¿Pero qué sentido tiene? —reitera—. Es puro perder munición. Se puso fuera del alcance de los fusiles. Solo la artillería...

Trata de cubrirse al percatarse de que el sargento de artillería de marina va a golpearlo de nuevo.

No ocurre nada de eso. Al levantar la vista ve que el ingeniero Jones tiene asido al sargento de la muñeca.

—¡Ya oír al muchacho! —masculla con una voz gutural—. *It's out*

of range for rifles now, you fucking idiot!

El rostro de Jones se ve deformado por una ira desbordante y repentina, con los músculos tensos, la expresión dura como mármol y los ojos inyectados en sangre.

Rovira intenta recordar si alguna vez lo había visto tan alterado. Piensa que no, aunque tampoco lleva tanto tiempo en el *Cochrane*.

El sargento de artillería de marina se queda anonadado y solo trata de soltarse de aquel sujeto que solo recordaba haber visto alguna vez con una sonrisa boba y cubierto de hollín. Nada como lo que tiene delante ahora.

Jones por fin suelta al sargento y se vuelve a Sebastián Rovira.

—¿Estar bien? —le pregunta—. *No good idea* traer gente de sala máquinas *here*. Mucho menos...

Rovira suelta el fusil y lo abraza.

El ingeniero no sabe qué hacer y por un momento agradece que por el fragor de la batalla nadie repare en la situación. El fogonero lo mira ahora con expresión preocupada.

—Ceferino —dice—. No sé dónde está. Cuando nos trajeron aquí traté de buscarlo, pero...

—No preocupar —responde Jones—. *Must be somewhere*.

—¿Pero estará bien?

—*Sure* —responde Jones—. *This time* ventaja de nuestro lado.

Siguiendo su misma trayectoria de navegación errática, el *Huáscar* se aparece bastante más cerca del *Cochrane* y los timoneles del blindado chileno aprovechan para acortar aún más la distancia.

Rovira asiente, recoge el fusil, carga y amartilla. Dispara con el resto de los fusileros.

Jones se pasa la mano por la nuca.

—*Sure* —repite Jones esta vez para sí mismo—. Aquí no hay donde ir.

—¿Pero qué cresta estás haciendo? —pregunta el artillero Anastasio Subiabre—. ¡Que alguien ataje a este cabro chico, por las rechuchas!

Aprovechando su agilidad y que la mitad de los artilleros están demasiado ocupados, Ceferino Palma se las ha arreglado para preparar su tiro.

El que llevaba toda su vida esperando.

El impacto de la granada Palliser del *Huáscar* en la casamata distrajo a todo el mundo y nadie más lo notó, salvo él. El cañón delantero quedó cargado, pero sin disparar.

Solo hay que apuntarlo al blindado peruano, y si bien él nunca en su vida había manipulado una mira de artillería, siente que está haciendo lo suyo. Tampoco es menos cierto que nunca había manipulado un cañón ni había estado en una guerra, pero ya no había posibilidad de arrepentimiento.

—¡Granada en el aire! —brama entonces uno de los artilleros.

Anastasio Subiabre apenas alcanza a ver la posición del *Huáscar* a unos cientos de metros más adelante por la escotilla. Entonces se oye el zumbido otra vez.

—¡Conchetumadre! —exclama—. ¡Cuidado que viene otra!

Casi de inmediato suena el estruendo terrible de un proyectil haciendo blanco en la casamata de cañones del *Cochrane*, a solo un metro y fracción de donde impactó el anterior. Sin embargo, esta vez la granada solo da de refilón en la lisa superficie del blindaje que

consigue repeler el impacto saliendo la munición despedida por los aires.

Aprovechando aquel breve instante de confusión, Ceferino Palma actúa. Da unos últimos ajustes a la elevación en las miras y se coloca a un costado del cañón.

Anastasio Subiabre alcanza a mirarlo a los ojos.

Entonces dispara.

Son las diez de la mañana y diez minutos y el capitán Latorre ordena un alto al fuego. Ha muerto el contraalmirante Miguel Grau, producto de una granada disparada por el blindado *Cochrane* que impactó en la torre de mando del *Huáscar*.

El contramaestre Salgado está de un ánimo terrible. Observó la explosión con binoculares desde la cubierta. No solo vio morir a un comandante naval a quien tuvo la suerte de estrechar la mano, sino que también, a lo largo de aquella mañana, a tantos otros buenos marinos, quienes sirviendo al sacrificio que les rindió su bandera, ahora caen bajo el fuego de su propia nave.

Aprieta las mandíbulas con rabia. En el pasado combatió junto a esa misma gente contra un enemigo común, del que se libraron en sus respectivas guerras de independencia americana.

Y es que combatir hermana a los hombres.

Y los hombres buenos no matan a sus hermanos.

La guerra afecta la vida de maneras particulares.

Nunca para bien.

Ante las primeras celebraciones de los marineros en la cubierta del *Cochrane* por el formidable castigo que se le está dando al blindado

peruano, el contramaestre se hace a un lado y en la borda de estribor se permite llorar.

Pero solo por un minuto.

Hay que seguir.

A las diez quince de la mañana, el *Huáscar* vuelve a ofrecer estandarte de combate.

Se pensó que podía haber arriado la bandera, pero ahora queda claro que no, sobre todo porque otra vez disparan fuego de artillería y fusilería de manera resuelta, aunque sin mucho éxito. De inmediato se ordena reiniciar el bombardeo.

Anastasio Subiabre coordina el disparo de los cañones de la casamata de estribor, que es la que tiene más trabajo.

Sin embargo, otras situaciones ocurridas durante el combate tampoco lo dejan indiferente. Mira a su alrededor como si estuviese buscando un fantasma.

Ceferino Palma se desvaneció tan de improviso como apareció en la casamata de cañones. Cuando se convence de eso, Anastasio vuelve a lo suyo.

—Batería delantera, cubrir hasta cinco grados —dice—. Batería trasera, hasta los ciento ochenta.

Los cañones preparan la puntería en la casamata, aunque se desalinean un poco del blanco con el vaivén de la navegación.

—Batería del centro —sigue—, corregir solo quince grados de elevación, coordenadas fijas. ¡Fuego!

El *Huáscar* recibe más castigo de las granadas chilenas que, aun estando a cientos de metros, consiguen alcanzar al buque peruano. Se han producido tantas muertes en la tripulación que el mando de

la nave ha pasado de hombre en hombre solo en cosa de minutos. Puede apreciarse el humo de los incendios en la cubierta a simple vista. Anastasio Subiabre se pasa las manos por la cara.

—Dios del cielo, perdónanos por esta huevada —musita—, pero tampoco permitas que sean ellos quienes nos maten.

El teniente Souper y el contramaestre Salgado observan el horizonte desde la torre de mando, mientras el capitán Juan José Latorre baja a cubierta un momento.

—¡Barco chileno a proa! —grita entonces el vigía de la cofa del trinquete.

El *Huáscar* podía haber perdido o recuperado el gobierno, pero era un barco vencido en combate. Alcanzarlo era cosa de tiempo. No estaba en los cálculos encontrarse con un barco chileno a última hora, y mucho menos, al parecer por el pánico del vigía, en curso de colisión. Pero así ocurre.

El *Cochrane* sigue su curso de persecución. Sin embargo, el *Blanco Encalada* al mando del comodoro Riveros, con ansias de participar en la maniobra de captura, se ubica en la línea de navegación del *Cochrane* y ambos blindados chilenos van directo uno contra otro.

—¡Timoneles! —dice Juan José Latorre en cubierta—. ¡Rueda con todo a babor!

Cuando parte de la tripulación se da cuenta de lo que está pasando, se producen los primeros gritos de pánico y se ve marinería arrojándose al piso o colocándose en posiciones de emergencia, porque la colisión parece inminente.

Sin embargo, la oportuna orden del capitán Latorre, ejecutada con precisión por los timoneles, hace que el barco se remeza un poco

por la brusquedad del viraje y evite el rumbo del *Blanco Encalada*, que a su vez también realiza maniobras evasivas.

Mientras, el *Huáscar* pasa entre las dos naves chilenas. Ambas deben que recomponer el rumbo, con lo que el blindado peruano, bombardeado e incendiado, logra sacar un par de millas de ventaja en el mar.

En combate, como casi en cualquier ámbito de la vida, la victoria puede verse segura, pero el pan siempre puede quemarse en la puerta del horno.

El *Cochrane*, el *Blanco Encalada* y parte de la escuadra que estaba en persecución alcanzan al *Huáscar*.

El castigo dado al monitor fue monumental, y la tripulación de la fragata *Cochrane* recién lo nota a cabalidad. Hay incendios a todo lo largo de su extensión, las torres de mando, de cañones y el blindaje están destruidos por los impactos de las granadas chilenas y escurre un líquido rojizo desde la cubierta del buque hacia el mar.

La tripulación del monitor peruano quiso hundir el barco con la evidente intención de que no cayese en manos enemigas, pero el contingente chileno que llegó en botes al navío consiguió evitarlo a punta de pistolas y fusiles y capturaron a los sobrevivientes en calidad de prisioneros de guerra.

El *Huáscar* por fin había sido neutralizado y en esa acción moría Miguel Grau, su comandante.

Se le rendirían los homenajes como correspondía. En la cubierta del *Cochrane* se le honró como el enemigo digno y valiente que fue, y luego en tierra se le daría un funeral acorde. Había sido uno de los grandes enemigos de Chile en el conflicto, pero siempre peleó con

honor. No como tantos otros, en otros sitiales mucho menos dignos, que solo sacaban cuentas alegres con lo que podrían llenarse los bolsillos si se ganaba la guerra. Además, el comportamiento que tuvo el comandante peruano en su momento victorioso en Iquique, un par de meses atrás, no fue pasado por alto por nadie de los embarcados en aquella siniestra conflagración.

Cualquier gesto de humanidad en ese contexto era susceptible de destacar y el contraalmirante Grau los tuvo de sobra para con el también fenecido capitán Prat.

La conclusión es una sola. No hay nada valioso ni honroso en la guerra; ella solo arrebata la vida.

El *Cochrane* navega lento junto al capturado y dañado *Huáscar*.

Ya no hay festejos y la tripulación observa en horrorizado silencio el estado en que ha quedado el navío y el remanente de su tripulación, formada en cubierta y ahora asistida por marinos y soldados chilenos.

El grumete Ceferino Palma mira el barco enemigo con mayor asombro.

Aunque puede que esa no sea la palabra correcta para describir sus emociones.

A su lado, lo miran de reojo el grumete Sebastián Rovira y el ingeniero Jones.

Para sorpresa de ambos, descubren que el duro Ceferino suelta una lágrima.

EPÍLOGO

El júbilo se toma los muelles, mientras que el *Huáscar* es remolcado por un par de naves menores al interior de la bahía de Valparaíso.

La gente se agolpa en el puerto para ver al buque peruano, que mantuvo al Ejército chileno a raya durante meses, por fin derrotado por la Armada en Angamos unos días atrás.

Aquello permitiría que la guerra siguiera su curso hacia el norte y, para muchos, vindicaba a los muertos de la *Esmeralda* en Iquique.

El dañado buque peruano cautivo avanza de manera cansina, como un coloso derrotado, ante las ovaciones de la muchedumbre. Había terminado por fin la pesadilla del alto mando naval chileno y una ingrávida sensación de alivio dulcificaba la vida de muchos de sus integrantes.

El castigo a la nave peruana se hace más evidente a medida que se acerca a tierra.

Las ovaciones y bandas de guerra entonando melodías se toman prácticamente todo el borde costero de la ciudad.

Alejados del gentío, en el mirador de un cerro que da directo al mar, parte de la oficialidad del *Cochrane* y el alto mando naval observan la escena.

Los invitaron a un brindis de honor en el cuartel general de la Armada, pero ninguno aceptó la invitación y eligieron ese otro lugar para su particular reunión.

El comodoro Galvarino Riveros inspira mirando al mar.

—Yo pensé que habían venido para sacarme en cara el numerito que me mandé en Angamos —confiesa.

El capitán Juan José Latorre, el capitán Enrique Simpson, el teniente Manuel Souper y el contramaestre Marcos Salgado guardan silencio.

Galvarino Riveros niega con la cabeza y sonríe sin alegría.

—Sé que la cagué —reconoce—. Casi chocamos al *Cochrane*, pero ahí estuvo la genialidad del capitán Latorre.

El aludido no acusa recibo.

—Lo importante era el objetivo, comodoro —dice mirando la bahía —. Y ahí lo tenemos.

El contramaestre Salgado asiente.

—Yo no soy oficial —aclara de inmediato—, y sé que se me permite estar aquí casi por casualidad.

—No sea leso —dice el capitán Simpson—. Usted es el mejor contramaestre que he tenido en una tripulación, y si está aquí es porque debe estar. ¿Tiene algo que decir?

El contramaestre también mira la bahía y el castigado barco, que sigue siendo objeto de ovaciones de la gente en el puerto.

—Tuve amigos en ese barco —confiesa—. Y en otros que también combatimos y seguiremos combatiendo, como todo indica.

Los oficiales solo lo miran.

—Es lo que deja la guerra —dice el teniente Souper—. Tenemos más motivos por los que aliarnos, pero nos peleamos. Será tal vez lo mezquino del ser humano.

—O la necesidad de competencia eterna —agrega Galvarino Riveros—. Otra cosa muy humana. Y nefasta.

Los marinos siguen observando al *Huáscar* mientras ingresa al puerto de Valparaíso.

—¿Valdrá la pena? —plantea entonces el contramaestre de la fragata *Cochrane* en tono resignado.

—¿Qué cosa? —sondea Galvarino Riveros.

—Un mar manchado de sangre —responde el contramaestre—. Ya todos lo manchamos, ellos y nosotros; y se supone que lo amamos tanto.

El capitán Latorre, el teniente Souper y el capitán Simpson se quedan en silencio.

—¿Valdrá la pena? —musita el contramaestre.

Los marinos siguen al *Huáscar* recalar en Valparaíso entre gritos, risas y festejos que no parece que vayan a cesar.

Edición en formato digital: abril de 2024

© 2024, Valenzuela Donoso, Andrés
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdés/
Diagramación Alexei Alekin/

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-956-6355-06-9

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com